

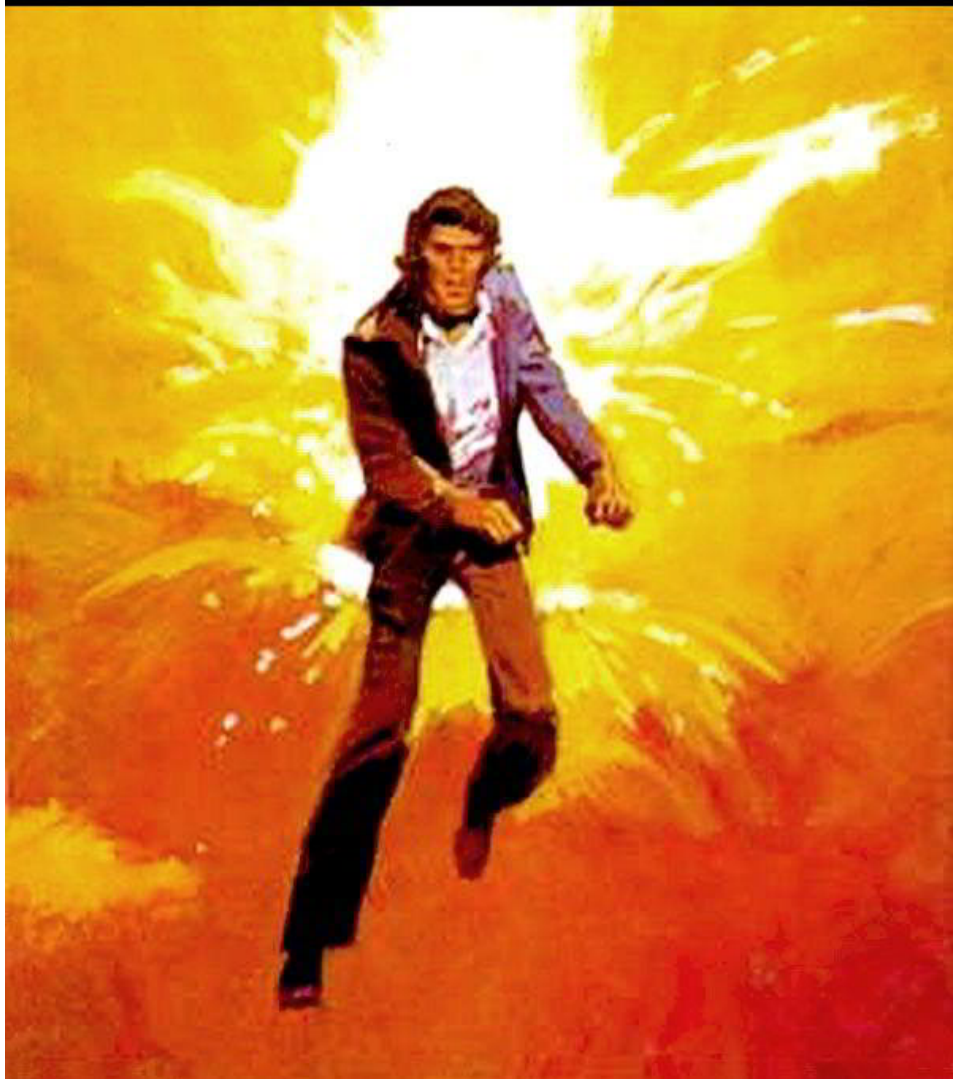
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL PRIMERO EN MORIR

Kelltom McIntire



Gaston Durand llegó a Marsella hacia las ocho de la noche.

Rodeó la ciudad, alcanzó el Promenade du Baltique, y buscó la callejuela más solitaria para aparcar la furgoneta.

Había conducido a lo largo de mil doscientos kilómetros el pesado furgón «Citroen», pero Durand era un bretón alto, fornido y resistente, acostumbrado desde siempre a la carretera.

Era, además, un individuo que sabía entender la vida. La palabra «escrúpulos» carecía de significado para él. Por el contrario, decir «francos» venía a significar algo muy bello y deseable, sobre todo si se anteponía a «francos» palabras tales como mil, cinco mil, diez mil...



Kelltom McIntire

El primero en morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1392

ePub r1.0

Lds 28.10.18

Título original: *El primero en morir*

Kelltom McIntire, 1977

Cubierta: Deslio

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Gaston Durand llegó a Marsella hacia las ocho de la noche.

Rodeó la ciudad, alcanzó el Promenade du Baltique, y buscó la callejuela más solitaria para aparcar la furgoneta.

Había conducido a lo largo de mil doscientos kilómetros el pesado furgón «Citroen», pero Durand era un bretón alto, fornido y resistente, acostumbrado desde siempre a la carretera.

Era, además, un individuo que sabía entender la vida. La palabra «escrúpulos» carecía de significado para él. Por el contrario, decir «francos» venía a significar algo muy bello y deseable, sobre todo si se antepone a «francos» palabras tales como mil, cinco mil, diez mil...

Cuando, seis años atrás, su esposa, Martine, se fugó con un ex suboficial de la Legión, Gaston se limitó a alzar uno de sus enormes puños, y a murmurar alegremente:

—Bon voyage, mon gros salaud —y al decir *salaud*, no se refería a él mismo, sino al ex legionario.

A partir de entonces, Gaston había ido degenerando poco a poco.

Aquel mismo día se gastó toda su paga de una quincena en los prostíbulos de Montmartre. O, para decir la verdad, dividió su dinero entre las bellas chiquillas de Montmartre y las tabernas del Plain Morceau, donde Durand tenía algunos amigos, tan aficionados al «pernod» como él mismo.

El siguiente lunes, Durand se despidió de la empresa de transportes donde trabajaba. Era una miseria lo que le pagaban, y él no estaba dispuesto, ni mucho menos, a dejarse estafar.

Durante la semana siguiente hizo un par de «trabajos» para Pierre Albertini. Poca cosa: un par de viajes al Pirineo para recoger

a un puñado de portugueses, en la frontera española de Behovia.

Se trataba, por supuesto, de una operación ilegal, puesto que los infelices portugueses habían cruzado «bajo cuerda» la frontera. El transporte hasta París estuvo lleno de incidencias en el último viaje, por lo que Durand, temeroso de ir a parar a la Santé^[1], decidió separarse de Albertini, que por otra parte era un cochino roñoso.

Desde luego, Durand había vuelto a las andadas. Su patrón, ahora, era un perfecto desconocido. Pero ¿qué importaba, si pagaba generosamente?

Durand, pues, había conducido a lo largo de mil doscientos kilómetros. Sólo había realizado algunas breves paradas para despachar un bocadillo y una cerveza.

—Hay que conservar los sentidos alerta —se había prometido a sí mismo. Por tanto, nada de «pernod» ni de coñac.

Durand no había estado jamás en Marsella. Había oído, claro está, algunos jugosos comentarios acerca de las tabernas de la ciudad, del bullicioso barrio portuario y de las lindas piernas de las meretrices marselesas.

Si se añade a aquello el hecho de que en los bolsillos de Durand había dos mil francos fuertes, se comprenderá mejor que el bretón se sintiese ávido de emociones, aquella noche.

—¡*Parbleau!* —Gruñó, poniéndose un «Gaulois» entre los gruesos labios—. ¿Para qué sirve el dinero, sino para hacer posible que uno se dé la gran vida?

Había tenido mucha suerte, lo reconocía ahora, pasado ya el peligro.

Porque, ¿a quién le ofrecen dos mil francos fuertes por el simple hecho de conducir una furgoneta desde París a Marsella?

Jamás había ganado dinero con tanta facilidad. Durand conocía bien el negocio del transporte, y sabía que a los patrones hay que romperles la mano para que suelten un condenado franco extra.

Las cosas habían sucedido de forma enigmática. Fue exactamente el viernes, es decir, el día anterior. Para entonces, Durand había gastado hasta el último céntimo del dinero que Albertini le había entregado por los dos viajes a los Pirineos.

—Regresaba dando bandazos a la calle Pompadour, entró en el oscuro portal de la vieja casa donde tenía alquilada una habitación, cuando se le ocurrió echar una ojeada a su buzón de

correspondencia.

¿Quién iba a escribirle a él? ¿Martine, quizás, que deseaba regresar al hogar, llorosa y arrepentida?

—¡*Au diable!* —rió, esforzándose en introducir la pequeña llave en la cerradura del buzón metálico—. Si Martine tuviera la desgraciada idea de volver, la enviaría *a hacer la carrera...*

Poco después, subía pesadamente la escalera, con un sobre en la mano.

La cantidad de vasos de «pernod» que había bebido, en compañía de Louis, de Julián, el vasco, y de Audine, la novia de éste, podía calcularse fácilmente por lo inseguro de sus pasos, peldaño tras peldaño.

Abrió la puerta, echó el chirriante cerrojo y se dejó caer sobre la cama, en desorden como siempre.

La habitación olía a sudor agrio, a colillas, a alcohol avinagrado. La habitación estaba llena de botellas dejadas en el suelo, en cualquier sitio. Pero Durand era impermeable a toda aquella miseria. Sencillamente, estaba acostumbrado a su cochina habitación.

Entornó los párpados, rasgó el sobre, y lo miró y lo remiró, pasmado, mientras tarareaba entre dientes una movida cancioncilla de Bécaud.

No habían escrito el nombre del remitente. Sólo su dirección, escrita a máquina:

*«Monsieur Gaston Durand.
101, Rue Pampard».*

A pesar de las brumas alcohólicas que nublaban su cerebro, Durand dedujo que el sobre no había llegado con el correo, puesto que carecía de franqueo.

Abrió el sobre y murmuró un apagado ¡*parbleu!*!, al extraer los cinco billetes de cien francos.

Había una nota, mecanografiada.

«Si quiere recibir otros mil quinientos, sólo tendrá que conducir una furgoneta hasta un lugar en Marsella que le

indicaremos a su debido tiempo. Si está de acuerdo, apague y encienda tres veces consecutivas la luz de su habitación».

No había más. Ni siquiera firma.

Durand se rascó la cabeza. Se sentía confuso.

El extraño mensaje ¿había sido enviado por Albertini?

Pero ¿por qué tanto misterio?

—En fin, esto es dinero —murmuró Durand, encogiéndose de hombros—. Si sólo se trata de llevar un cacharro a Marsella, aquí está Durand.

No perdía nada con aceptar el trabajo, en principio. Después, si el asunto no le gustaba...

Se levantó, anduvo unos pasos hacia la puerta, donde estaba el viejo interruptor de la única bombilla que alumbraba la habitación, y apagó y encendió tres veces seguidas, al tiempo que contaba en voz alta para no equivocarse.

A la mañana siguiente, tras un profundo sueño de animal, Durand se levantó y abandonó su sucia habitación.

En el buzón había otro sobre, idéntico al primero.

Durand lo tomó con avidez, y salió a la calle. Miró por encima de su hombro, rasgó el sobre y leyó la nota.

«Vaya al boulevard Ferreau. Junto a la oficina de los Ferrocarriles Franceses, encontrará un furgón “Citroen” de color gris, matrícula La puerta está abierta. Suba y encontrará las llaves. Hallará también una nota con nuevas instrucciones y mil quinientos francos...

DH-7645.

».

A Durand le agradaba aquella forma misteriosa de hacerle llegar instrucciones. Como le gustaban todas las sensaciones fuertes, incluido el «pernod» y las mujeres.

Tomó el Metro y se trasladó al *boulevard Ferreau*. No tardó en encontrar el furgón. Efectivamente, el vehículo estaba pintado en

color gris, y su matrícula era
DH-7645.

Durand silbó por lo bajo, dirigió un vistazo a izquierda y derecha, asió el cierre de la puerta y subió al furgón, tras asegurarse de que no había ningún gendarme a la vista.

Nadie había reparado en él. Durand comenzó a tomar confianza. Alargó una mano hacia el pequeño departamento y lo abrió.

En él había un estuche metálico, al que no prestó atención en los primeros momentos. Dentro de un sobre abultado, encontró mil quinientos dólares y una nota mecanografiada.

En cuanto la hubo leído, Durand arrugó el ceño y miró con desconfianza a través de la ventanilla, que permitía ver el compartimento posterior, vacío al parecer.

—Esto ya es otra cosa, *diable*. Me han engañado —murmuró. Y el temor volvió a apoderarse de él.

Tomó las llaves, bajó, contorneó el enorme furgón y abrió la puerta trasera.

Ya no se sentía tan tranquilo. Sus manos temblaron, al cerrar tras sí las dos puertas posteriores.

Consultó la nota, se inclinó, oprimió un remache que sobresalía en el piso de chapa metálica y... respingó cuando una sección de éste se elevó con un chirrido.

Bufó con fuerza al contemplar al hombre que ocupaba el estrecho receptáculo, disimulado bajo el piso.

Era un individuo canoso, de unos cincuenta años, vestido con ropas de excelente calidad. Sus manos estaban sujetas a la espalda con bandas de esparadrapo, y sus ojos, cerrados.

Durand tragó saliva. Aquel hombre parecía muerto.

CAPÍTULO II

Durante unos segundos, Durand pudo oír perfectamente los latidos de su propio corazón. No importaba que del exterior llegasen los acostumbrados rumores callejeros.

Dentro del furgón, el tiempo parecía haberse detenido y cesado cualquier sonido que no fuera el acelerado «blap-blap» de su corazón.

El instinto de conservación le obligó a salir de su estupor. Supersticiosamente, Durand apoyó una mano sobre el pecho de aquel hombre, a la altura del corazón.

Un suspiro de alivio se escapó entre sus labios al comprobar que aquel corazón latía, si bien muy débilmente.

Volvió a leer la nota, indeciso:

«Encontrará también un estuche que contiene una jeringuilla hipodérmica. Deberá inyectar un centímetro cúbico de la solución que contiene al hombre que ocupa el compartimento trucado, cada cuatro horas. No tema, será fácil para usted. Hágalo y abandone París ahora mismo. Cuando llegue a Marsella...».

La frente de Durand estaba cubierta de sudor.

¿Quién era aquel hombre maniatado? ¿Por qué le obligaban a recorrer toda Francia, en tan incómodo alojamiento?

Para Durand, era evidente que el líquido que contenía la jeringuilla debía ser algún tranquilizante, alguna droga que dejaba

al pobre diablo sin fuerzas para moverse, en una especie de letargo.

Durand empezó a dejarse ganar por el pánico. Por un momento, estuvo a punto de bajar de la furgoneta y escapar de aquel lugar, a toda la velocidad que le permitieran sus piernas.

Sin embargo, permaneció en el furgón, de rodillas, mirando el rostro de aquel hombre.

Durand sabía pensar. Le era fácil deducir que la persona o personas que le habían encargado aquel «trabajo» le conocían. Sabían que era un buen conductor, y conocían también que Gaston Durand era hombre de pocos escrúpulos.

Con toda probabilidad, le habían estado vigilando, antes de decidirse a confiar en él.

En el ambiente poco limpio en el que se movía, un hombre que había aceptado dinero a cambio de un servicio, no podía marcharse tranquilamente, sin cumplir con su parte.

Durand había hecho contrabando y otras cosas menos confesables, y conocía muy de cerca el mundo del hampa. Una traición se paga con un balazo en la nuca o con una puñalada en las tripas.

No, no valdría de nada que devolviese el dinero. Cuando la noche anterior se levantó del lecho para apagar y encender la luz de la bombilla por tres veces consecutivas, se había comprometido a cargar con todas las consecuencias.

Podía dejar el dinero. Tenía los dos mil francos intactos. Pero Durand sabía que el resultado sería el mismo: le buscarían. Y fatalmente le encontrarían, un día antes, un día después.

Quizá al pobre Durand le encontrasen más tarde flotando en el Sena. O sepultado en una alcantarilla, tanto daba. Eran los métodos habituales, entre la gente del hampa.

Meditó, lo pensó muy bien. Al fin y al cabo, los dos mil francos suponían su sueldo normal de dos meses... que podía ganar en poco más de veinticuatro horas.

Con parte de aquel dinero, podía conseguir que la bonita Audine se olvidase de su petulante *maquereaux* español.

Se decidió, al fin. Volvió a mirar al hombre: el infeliz permanecía inmóvil dentro de aquel estrecho receptáculo que más parecía un ataúd.

Empujó la tapa, que se confundía perfectamente con el acero

plegado del piso del furgón, y advirtió que quedaba bien encajada.

Cautelosamente, entreabrió las puertas traseras. Nadie se fijaba en él. ¿Por qué habían de hacerlo? A aquellas horas, miles de furgones de reparto, semejantes a aquél, llenaban las calles de París, ocupados en las faenas de carga y descarga.

Bajó y volvió a la cabina. Cogió aquel estuche metálico, y regresó al compartimento posterior. La jeringuilla, graduada, contenía diez centímetros cúbicos de aquella solución.

Para Gaston Durand no era difícil poner una inyección. El había prestado servicio militar en Sanidad, como conductor de una ambulancia. Sabía hacerlo muy bien, aunque casi había olvidado ya aquellos tiempos de la guerra.

Hacia las diez de la mañana, ponía el motor en marcha y abandonaba el *boulevard* Ferreau.

No se sentía muy seguro de sí mismo, debía confesarlo. En realidad, sus ojos vigilaban constantemente el espejo retrovisor exterior, temeroso de ver aparecer, en cualquier momento, un coche de la Sûreté.

A medida que avanzaba hacia el sur de la ciudad, y todo se desarrollaba con absoluta normalidad, Durand fue tranquilizándose. De tal forma que, cuando alcanzó la autopista del Midi, incluso se permitió volver a canturrear tímidamente aquella canción de Gilbert Bécaud.

Por lo demás, el viaje no había resultado aburrido. En Tournus, por ejemplo, había detenido el furgón para recoger a dos chicas que hacían la conocida señal de

auto-stop

al pie de una gasolinera.

Las jovencitas eran lindas, alegres y desenvueltas. Tan desenvueltas que Durand había comenzado a mostrarse más y más audaz, a medida que el vehículo devoraba los kilómetros en dirección al sur.

Marcelle era pelirroja. Nathalie, una morena exuberante, cuyo desarrollado busto había conseguido poner nervioso a Durand.

Las dos se dirigían a Avignon. ¿Qué se proponían hacer allí?

Nathalie frunció los labios, en un mohín lleno de picardía, y afirmó:

—¿Quelconque chose

c'est

bonne pour se gagner la vie,

n'est-ce

pas?[2] —con lo cual Durand no necesitaba más para saber a qué atenerse respecto a las dos preciosas aventureras.

Oyendo a Nathalie, Durand lanzó una carcajada, y su mano derecha se apoyó descuidadamente sobre el bien formado muslo de la muchacha.

Todo fue bien, por el momento. Pero, por desgracia para él, Durand notó que la sangre bullía ardiente, en su sistema circulatorio, e inició una incursión más atrevida.

Nathalie la apartó de un manotazo brusco, y se volvió hacia él, rabiosa.

— *bon, mon ami. ¿Mais combien de...*

C'est

? —rió, extendiendo la mano, en un ademán universalmente conocido.

Durand pronunció una palabrota gruesa.

¡Pequeñas zorras de mejillas pintadas, falda corta y ambiciones largas...! ¡Pues no querían dinero, además de hacer el viaje de balde hasta Avignon!

Ni que decir tiene que Durand las obligó a bajar de su furgón, en la más próxima localidad, es decir, en Cluny.

En cualquier caso, el incidente había servido para hacer más cortas las horas de aquel largo viaje. Durante el camino, Durand recordó más de una vez a la incitante Nathalie, e incluso se sintió arrepentido de no haberse dejado llevar de su habitual generosidad con las menudas *mademoiselles*, ligeras de ropas y cargadas de encantos físicos.

Pero ahora estaba ya en la gran Marsella, en la metrópoli mediterránea del vicio y la aventura.

Sin poderlo evitar, mientras sostenía el «Gaulois» en la comisura izquierda de sus labios, Durand pensó en el hombre escondido en el compartimento secreto del furgón.

Las instrucciones que había encontrado decían claramente que debía llevar la furgoneta hasta el Passage Lumière. En aquel lugar se encontraba la agencia de viajes de Mohamed Mouffie.

En definitiva: habría cumplido su obligación cuando se

entrevistase con Mouffie, y dejase a su cargo la furgoneta. Entonces sería libre de quedarse en Marsella o volver a París.

Volvió a pensar en el infeliz que yacía en el escondrijo del furgón.

—Voyons —reflexionó—. Le inyecté la última vez a las tres de la tarde. Ahora son las ocho, y debía inyectarle de nuevo a las siete. *Et bien*, me he descuidado un poco, *mais...* ¡sí! Podría inyectarle el doble, y tendría tiempo libre hasta... las doce de la noche.

Tiempo suficiente para que el buen Gaston Durand echase una ojeada a la *bella Marseille* y sus atractivos tugurios del vicio.

Abrió la portezuela, tomó el estuche metálico y las llaves, y se aproximó a la parte posterior del vehículo.

Poco después, bajaba y cerraba las dos puertas con llave. Miró prudentemente la acera, y no encontró ninguna señal que prohibiera el estacionamiento. Por lo demás, aquel callejón parecía solitario, poco transitado.

Por un momento, mientras se alejaba del vehículo, experimentó un leve remordimiento. Aquel hombre..., ¿no suponía una falta de humanidad dejarle encerrado en aquel estrecho habitáculo, solo, abandonado a su suerte... como muerto en vida?

Durand no era un ser absolutamente pervertido. Si hubiera sido posible, hubiera tomado a aquel hombre por los hombros y le hubiera dicho:

—Allons... ¿Va bien un double de «pernod», mon ami?

Pero él sabía que no podía hacer tal cosa... si no quería comprometerse gravemente. Aquel infeliz debía estar donde estaba. Y se acabó.

—¡Au diable! —resumió para sí—. No fui yo quien le encerró, no le puse yo ahí, ciertamente. De modo que...

Alcanzó el cruce de Sainte Mere du Mer, y torció a la izquierda. Por allí brillaban las luces de los cafés y de los bares, y las mujeres aguardaban con el bolso colgado del brazo, a la espera de clientes.

Durand rechazó a una mujer morena de largos cabellos y formas rotundas, entrada en carnes, que se aferró a su chaquetón de piel como si en ello le fuera la vida.

—Largo, potranca —gruñó el bretón, sin resquemor—. Todavía tengo muchas cosas que ver esta noche.

No quería colgarse del brazo de la primera pelandusca que

viniera a ofrecérsele. Antes tenía que visitar el barrio, gozar con la vista, beber unos buenos tientos de «pernod». Después, elegiría la mejor mujer y a la cama.

Ante sus asombrados ojos desfilaban las muestras luminosas del Paradise, del Lumière-Gaz, del Cray-Cat, del Scherezade...

Cabarets, cafés, locales donde podía verse *strip-tease*. Desnudismo, pornografía, fumaderos clandestinos, sótanos donde se reunían unos cuantos ilusos para fraguar el fin del mundo *a la française*...

Durand penetró aquí, avizó el ambiente allá y en todas partes, bebió un doble de «pernod» o de ginebra.

Hacia la una de la noche, Durand no podía recordar ya que un hombre que dependía de él se encontraba en el Passage Lumière, introducido precariamente en un cubículo de acero.

Fue entonces cuando recaló en el China-Club. Embobado, Durand leyó torpemente el cartel dorado, expuesto a la entrada.

—«Voyage a l'inconnu»

—murmuró—. «*Pregunte aquí*». Pues bien, vamos adentro. ¿Qué puede ofrecerme ese «viaje a lo desconocido», que yo no haya probado ya? —rió estruendosamente.

Las luces violetas, rojas y amarillas del tugurio, descomponían la luz de su rostro en tonos cenicientos, plateados, cobrizos...

Tambaleándose, se apoyó en la barra. No podía ver mucho: el local estaba lleno de un humo denso, lechoso, que flotaba sobre las mesas y sobre la pista de baile, impidiéndole escrutar los rostros de las personas que se encontraban allí.

Pidió «pernod», y se arrepintió inmediatamente.

—Champaña —exigió con voz estrepitosa, dejando caer un puño sobre el mostrador de madera—. Gaston Durand tiene bastante dinero para beber champaña.

Inmediatamente, una aparición surgió junto a él.

Unos ojos rasgados, cargados de «rimmel», unos hombros desnudos, finos, una piel bronceada, una cintura estrecha y balanceante, unas caderas que mareaban.

Durand parpadeó, asombrado. ¡Cielo santo, qué mujer!

La devoraba con los ojos, tragaba saliva, sentía la garganta súbitamente reseca.

—Hola, Durand —dijo la mujer con voz pastosa, lenta, envolviéndole en una mirada densa, cargada de significado.

—¿Me conoces? —preguntó Durand, dando un brinco, sobresaltado a todas luces.

La mujer lanzó una carcajada y apoyó, insinuante, sus manos sobre los hombros de Gaston.

—Tú pronunciaste tu nombre: *Durand*, ¿no es bonito?

Gaston pasó una mano por la desnuda cintura de la mujer frescamente. Inmediatamente su sangre se encendió.

—*Állons, ma chérie*. Durand tiene dinero. Estoy seguro de que tú conoces un lugar donde tú y yo...

Miraba como obsesionado los senos hinchados, turgentes, prietos, de la mujer que le acariciaba el cuello descuidadamente.

—¿Un viaje a lo desconocido, Durand? *Et bien*, ése es mi trabajo: llevarle clientes a mi jefe. Soy agente de la empresa *Voyage a l'inconnu*

. Apuremos ese champaña, Durand, y vendrás conmigo. Yo soy Jeannette, toda el mundo me conoce.

La mujer se plegaba a sus caricias, se dejaba abrazar por los rudos brazos de Durand.

A él le parecía imposible que una mujer tan bella, tan físicamente perfecta, pudiera caer en sus brazos... ¿No era un sueño?

Apenas probó el champaña. La fiebre que se había encendido en su sangre no le permitía perder el tiempo.

Minutos después, abandonaban el China-Club.

Jeannette se había echado sobre los hombros un jersey, y le guiaba a través de las enrevesadas callejuelas del puerto.

—Por aquí, por aquí, *mon amour* —la ronroneante voz de Jeannette guiaba a Durand a través de aquel dédalo de callejuelas, poblado de sombras difusas, veloces, inescrutables.

Finalmente, ella se detuvo ante la entrada de un *bistrot*, situado en un sótano.

Durand estuvo a punto de resbalar y caer de cabeza en la escalera, pero la bella Jeannette le sostuvo, coa una rapidez y una fuerza increíbles.

Hay que reconocer que el bretón estaba muy borracho para entonces. Pero no tanto como para confundir la que podía ver claramente a la luz de aquel tugurio: en un rincón, estaban dos jovencitos besándose.

Frunció los labios, asqueado, y dio un tirón tan violento del brazo de Jeannette, que la joven estuvo a punto de chocar contra el muro.

—*Et bien*, maldita mujerzuela, ¿esto es lo que me ofreces? ¿Una reunión de homosexuales? Voy a darte una paliza, de la que nunca te olvidarás, *maudite cochonne*.

Por suerte para ella, Jeannette logró librarse de él y situarse a distancia prudencial.

Sólo cuando Durand se apoyó en el muro, mareado, la mujer se aproximó a él y exclamó:

—¡Durand! ¿Es que no te gusta? ¡Esto es el «Viaje a lo desconocido»! Todas las noches traigo aquí a docenas de turistas, y ninguno de ellos se queja...

—¡Allá los turistas! —bramó Durand, enojado—. Yo no soy de... de éstos.

Jeannette lanzó una carcajada. Y, sorprendida, se abrazó al hombre.

—Durand, ¿es cierto? ¿Te gusto yo? Entonces, ¿eso tiene arreglo! Cada noche, Joseph, el patrón, me paga cien francos. Si tú me los das, iremos a mi casa, ¿estás de acuerdo?

A Durand se le pasó la borrachera como por ensalmo.

—Ahí los tienes —dijo, poniendo salvajemente unos billetes en la mano de la mujer—. Vamos.

* * *

Tres días después, Gaston. Durand despertó en una playa cercana a Marsella.

Su chaquetón de piel, del que se sentía orgulloso, había desaparecido. Y con él, su dinero.

Se sentía débil como un niño, y apenas podía recordar lo ocurrido. Al fin, cuando se acercaba a la autopista de Monaco, lo recordó.

Al compás de los recuerdos, su rostro ancho y fuerte palideció.

¡Se había olvidado del furgón, del hombre que estaba dentro, de todo lo que debía haber mantenido fresco en su memoria!

Junto a una factoría naval, consiguió subir a uno de los autocares que transportaban a Marsella a los obreros.

Cuando alcanzó el barrio del puerto, buscó desesperadamente la callejuela donde había dejado estacionado el furgón, Passage Lumière.

Cuando llegó allí, advirtió que algunas docenas de personas rodeaban el vehículo, y dos gendarmes corrían ya hacia el lugar del tumulto.

Pálido como un muerto, Durand asistió a la escena. Algunas personas aseguraban que del furgón emanaba una extraña pestilencia.

—Huele a muerto —decían.

Con aquellos comentarios exaltados, el nerviosismo y la angustia de Durand subieron hasta límites intolerables.

Peor fue todavía cuando los gendarmes apartaron a los curiosos de las proximidades, y uno de ellos violentó la cerradura de las puertas posteriores.

Luego, uno de los agentes se apartó del lugar, mientras el otro permanecía de vigilancia.

Durand hubiera querido separarse de allí, correr lejos de aquel lugar. Pero algo que era muy superior a su voluntad, le mantuvo junto al muro, encogido sobre sí mismo.

Poco después, se oyó el alarido de una sirena, y varios automóviles penetraron en el Passage Lumière, entre ellos una ambulancia.

Inmóvil como una estatua, pálido y vacilante, Durand lo presenció todo.

Vio cómo unos hombres vestidos de blanco, sacaban una camilla. Y pudo ver una pierna vestida con un pantalón gris.

—¡Lo enterraron vivo, en un ataúd metálico! —exclamó una mujerzuela, con los ojos brillantes de emoción—. A saber quién lo hizo. Es posible que el asesino se encuentre ahora mismo entre nosotros... ¡Hay cada tipo por ahí!

Fue como una descarga eléctrica. Al oír el comentario de aquella mujer, Durand se abrió paso disimuladamente entre los curiosos, y abandonó el callejón.

Hubiera llorado con gusto, de no creer que el llanto resultaba inútil en aquellas circunstancias. El hombre al que debía entregar a Mohamed Mouffie estaba muerto, acababa de saberlo.

¿Qué hacer? No tenía un céntimo, aquélla picara Jeannette le había dejado sin un centavo, después de haberle mantenido borracho durante tres largos días.

Podía entrevistarse con Mouffie. Pero con ello solo conseguiría entregarse a su destino: morir.

No había cumplido. Durand lo sabía. Y su error sólo se pagaba con la muerte.

Aterrado, sin serenidad suficiente para pensar con calma, Durand se trasladó a pie hasta la autopista del norte, y llegó hasta una estación de servicio.

Allí, hambriento, pobre y desesperado, alzó la mano para suplicar a los automovilistas que lo llevaran hacia París.

No tuvo que esperar mucho. Media hora después, un gran coche americano se detenía a su altura, y una mano abría la portezuela más próxima a Durand.

Subió y balbució unas palabras de agradecimiento.

El coche era lujoso, tibio, y olía a cuero y a perfume femenino. Porque era una mujer la que conducía.

Ella no pronunció una sola palabra hasta que el «Cadillac» hubo recorrido unos quince kilómetros. Durante aquel tiempo, Durand la estuvo observando. Primero con timidez, luego abiertamente, a placer.

Era una mujer madura, de unos cuarenta años. Pero su cutis era fresco y lozano, y sus muslos, tan tersos y perfilados como los de una jovencita.

Súbitamente, la mujer se desvió a la derecha. Rodaron por el caminito que corría junto a un pinar, y finalmente se detuvo a unos doscientos metros de la autopista.

Sólo entonces la mujer se volvió a mirarlo.

Durand no podía ver sus ojos porque unas gafas oscuras, muy grandes, los ocultaban. Pero inmediatamente comenzó a hacerse ilusiones.

¿Una mujer rica, aristócrata, deseosa de excitantes aventuras? *Parbleu*, Gaston estaba dispuesto a plegarse a sus caprichos.

Le sorprendió la bella voz, rica en matices:

—Dígame, ¿se dirige a París?

—Vivo allí, *madame*. Si no le importa llevarme. Yo... no tengo dinero, ¿sabe? Me lo robaron —dijo.

La mujer rió quedamente.

—Lo siento. No podré llevarle a París..., Durand —susurró.

Gaston se inclinó hacia ella. ¿Cómo podía conocerle aquella bella dama... si jamás la había visto?

La mujer introdujo una mano en el bolso, que descansaba sobre el asiento posterior. Sin duda, iba a sacar una pitillera para ofrecer cigarrillos a Durand. Después, vendría lo más picante.

Pero no, no era una pitillera, sino una pistola oscura, pavonada, auténtica.

—Lo siento, Durand —dijo la dama—. Tendré que dejarle aquí... bajo un metro de tierra.

Lo último que pudo ver Durand fue la llamarada que surgió del cañón de la pistola.

No experimentó el menor dolor, sólo un leve picotazo en el pecho. Pero estaba muerto cuando se reclinó sobre el tablero de instrumentos.

CAPÍTULO III

El prefecto Saint-Paul asintió vivamente con la cabeza, a pesar de que se encontraba solo en su despacho.

El prefecto estaba manteniendo una conversación telefónica. Bastaba observar su rostro para comprender que se sentía humillado, colérico, rabioso y confundido.

—Descuide,

m'sieu

Dorrillard. Me ocuparé de ello. Buscaré a mi mejor hombre. Sí, me estoy refiriendo a Charles Du Naille... ¿Cómo? ¿Qué es un bribón? Excúseme,

m'sieu

, pero Du Naille es un hombre efectivo, créalo. A pesar de su fama...

Con paciencia infinita, el prefecto escuchó durante unos minutos las frases vociferantes que llegaban a su oído, a través del hilo telefónico.

—Sí,

m'sieu

. Desde luego,

m'sieu

—contestó, abochornado por la bronca que acababa de recibir.

Finalmente colgó con un gesto violento, que expresaba toda su indignación.

—Intolerable —murmuró, alzándose de su silla y yendo rápidamente hacia la ventana.

Poco a poco, fue serenándose. No podía quejarse, decidió, dirigiendo una mirada al amplísimo y cómodo despacho.

Ser un alto personaje en el Deuxième Bureau tenía, a no

dudarlo, muchas ventajas. Se realizaba un trabajo cerebral, no físico. Se mandaba sobre un grupo de hombres escogidos, lo mejor del servicio de espionaje, y se gozaba de un buen sueldo. ¡El mismo *monsieur* Giscard

D'Estaing

tendría motivos para envidiarle!

Pero... Dorrillard estaba siempre sobre él, exigiéndole, persiguiéndole, haciéndole culpable de cualquier error, incluso humillándole con su autoritarismo.

Sí, también había ocasiones en las que el profesor Saint-Paul hubiera barbotado una palabrota en el más sucio *argot*, y enviado al Bureau y a *monsieur* Dorrillard a... a cualquier sitio.

—En fin, habrá que ocuparse de ello —murmuró, encogiéndose de hombros. Y volvió a su mesa, pulsó el dictáfono y ordenó a Mélise, su bella secretaria, que hiciese pasar a Marcel Dupont.

Dupont llegó dos minutos después. Era un hombrecillo delgado, pálido, de rostro estrecho, mostacho ceniciento y grandes bolsas bajo los párpados.

Sin embargo, y a pesar de su apariencia insignificante, era bien conocido en el Bureau, por sus excelentes elotes para la investigación.

—Podría ponerle a trabajar con Du Naille —murmuró Saint-Paul, observándole.

—¿Decía,

m'sieu

? —preguntó Dupont, atento.

—Ah, Marcel. Perdón, hablaba conmigo mismo. Tendrá que olvidarse del caso Parigi. Quiero que se encargue de algo muy diferente. Pero antes necesito que busque a Du Naille y me lo traiga.

Dupont alzó un poco sus caídos párpados.

—¿Du Naille? ¿No estaba separado del servicio, a raíz del incidente del caso Legrange? —preguntó.

Saint-Paul carraspeó, disgustado.

Recordaba el caso Legrange y el escándalo provocado por Charles Du Naille. Por entonces, el Deuxième Bureau sospechaba del diputado Legrange como asiduo cliente de *demoiselle* Garquand. Pero Du Naille se había pasado de la raya con el diputado, al que había fracturado un brazo y roto el tabique nasal.

—Olvidemos el caso Legrange —decidió el prefecto, disimulando su disgusto—. Busque a Du Naille. A partir de este momento, queda incorporado al servicio.

Dupont se encogió de hombros, y dejó escapar una risita irónica.

—Ya veremos —gruñó—. No será difícil encontrarle, señor. Que Du Naille acepte volver al servicio, es ya otra cosa.

—¿Cómo? —saltó Saint-Paul, ofendido—. ¿Insinúa que uno de mis hombres sería capaz de desdeñar la posibilidad de volver a prestar servicios para el Bureau? Dupont, usted sabe que todos los policías franceses sueñan con llegar algún día a pertenecer a este departamento.

—Es posible —respondió pacientemente su interlocutor—. Pero usted sabe que la separación del servicio lleva consigo la suspensión de sueldo. Y dudo mucho que Du Naille pueda sentirse patriota, con el estómago vacío. Charles lleva un año apartado del Bureau. Sin sueldo, ¿cómo imagina que ha podido vivir todo un año?

Saint-Paul se sintió turbado. No había pensado en aquel asunto; era la verdad.

—No lo sé —respondió, confuso—. Tal vez nuestro hombre disponía de recursos propios, ahorros...

—¿Ahorros? Vamos, señor; percibimos un sueldo justo, pero Du Naille no es el tipo de persona capaz de ahorrar. Ya le conoce.

—Está bien, pero no soy responsable de ello, sino la Administración francesa. Vayamos al grano: busque a Du Naille y no vuelva sin él.

—Veré lo que puedo hacer —respondió Dupont. Y abandonó el cómodo despacho de su jefe.

En el pasillo se cruzó con la bella Gisèle Cambert, una rica viuda que solía visitar de cuando en cuando a Saint-Paul, pues eran viejos amigos.

La dama sonrió encantadoramente, y respondió al saludo del policía, con una frase amable.

Pensando en lo deseable que sería para sí mismo el cargo de prefecto, con todas las bicocas que llevaba consigo, Dupont salió a la calle y entró en su «GS».

Tenía una idea del lugar donde podría encontrar a Charles Du Naille. Un amigo común había hecho alguna vaga referencia acerca de que Du Naille se ganaba la vida como profesor de lucha en un

gimnasio.

El gimnasio debía ser aquél de la rué Bocartin, propiedad de un rubio norteamericano llamado Mike Hurley, donde Du Naille acostumbraba a entrenarse, cuando pertenecía al Deuxième Bureau.

—¿Cuál sería la forma más aconsejable de convencer a Du Naille? —pensó, cuando quince minutos más tarde aparcaba su automóvil tras el de una funeraria, en la rué Bocartin.

Para nada había hecho referencia Dupont, ante Saint-Paul, del hecho siguiente: él mismo había ofrecido ayuda económica a su amigo Charles, aunque el dinero no le sobrase a Marcel, puesto que estaba casado y tenía tres hijos.

—Aceptar tu dinero sería un robo, Marcel —había respondido en aquella ocasión Du Naille, palmeándole afectuosamente la espalda—. Te lo agradezco, amigo mío, pero no aceptaré un solo franco que venga de tus manos. Por otra parte, mi situación se resolverá. Puedo encontrar un empleo como hombre de empresa, como profesor de idiomas o de defensa personal. ¿Dudas? ¡Pero, Dupont, tú sabes que Charles Du Naille es único, irrepetible, lleno de recursos, inteligente...!

No era precisamente la modestia la más elevada virtud de Charles, como puede comprobarse. Le gustaba presumir, pavonearse. Pero Dupont reconocía que su amigo era, también, franco, sincero y leal.

—Como tú quieras —se resignó Marcel—. Sin embargo, queda la esperanza de volver al servicio dentro de algún tiempo.

Du Naille se mostró disgustado.

—Au diable con el Bureau y todos sus hombres..., excepto tú, Marcel —exclamó, airado—. No volvería a él, aunque me lo suplicasen. Compréndelo, *mon ami*, he sido arrojado del servicio por desenmascarar a un sinvergüenza que ostenta un cargo público y finge ser decente. Legrange merecía...

Recordando ahora todo aquello, Dupont se sentía pesimista. ¿Cómo convencer, para que volviera al Bureau, a un hombre que sabía valerse por sí mismo a todos los niveles, y que se consideraba víctima de una injusticia, amparada en el eterno juego político?

Penetró en el gimnasio de Mike Hurley, que respondía al significativo nombre de *Crack Up*. En la entrada había una placa dorada, donde se anunciaban los servicios que un cliente podía

encontrar allí, desde el baño turco y la sauna, a la enseñanza y práctica de luchas orientales, boxeo y *catch*.

Dupont se acercó al portero, mostró su documentación, y preguntó por Du Naille.

—Pabellón tres, final del pasillo, al fondo —le informaron.

Las instalaciones eran cuidadas, limpias, incluso lujosas. Teniendo en cuenta tales circunstancias, Dupont calculó que las cuotas de los clientes serían elevadas en proporción.

Empujó la puerta del pabellón tres y entró. Un grito agudo, salvaje, le sobrecogió.

En el centro del enorme gimnasio, Charles Du Naille enseñaba *jiu-jitsu* a una bella jovencita. Los gritos, Dupont lo sabía, son un complemento de la lucha, y sirven tanto para dar valor al luchador como para atemorizar al contrario.

Du Naille era un hombre impresionante. Medía un metro noventa centímetros y tenía unos hombros tan anchos que jamás podía usar prendas *prêt-à-porter*... porque no las había de su medida.

Los cabellos rojizos, discretamente crecidos, encuadraban un rostro fino, agudo, de larga nariz, labios delgados y mandíbula cuadrada.

Dupont tomó asiento en un banco, y oyó las explicaciones que Du Naille daba a su alumna:

—Veamos, *mademoiselle*. Estudiemos la proyección número cinco. Se trata de aprovechar el impulso con que se lanza contra nosotros el contrincante para proyectarlo contra el suelo. Susténtese bien sobre las piernas, deje los brazos relajados, adopte una expresión distraída. ¡Así! Yo soy su enemigo, llevo un cuchillo en la mano, voy a degollarla...

De repente, Du Naille saltó hacia adelante. Su joven alumna esquivó ágilmente su arremetida, agachándose, le empujó y al mismo tiempo impulsó a su profesor por la cintura.

Du Naille se vio alzado dos metros sobre el piso de madera, describió un espectacular arco en el aire, y cayó de cabeza sobre el suelo.

En el último segundo, cuando Dupont iba ya a gritar de espanto, Du Naille torció el robusto cuello, arqueó fácilmente la espalda, y rodó de forma increíble sobre el piso, terminando en pie, de un ágil

salto.

Dupont aplaudió frenéticamente, y corrió hacia él.

El rostro hermético de Charles pareció resplandecer de alegría, al verle.

—¡Marcel, viejo amigo! —Y golpeó tan fuerte la espalda de Dupont, que éste hubo de encogerse. Pero no importaba: la espontánea cordialidad de su compañero suponía una gran satisfacción para él.

Du Naille despidió a la jovencita, poco después, y volvió a reunirse con Marcel.

—*Et bien* —exclamó entonces, observando a Dupont con atención—. Imagino que no has venido aquí para verme actuar, Marcel. Como verás, las cosas me van bien. Las damas prefieren que sea yo quien las enseñe a defenderse, y Hurley me paga un sueldo dos veces superior al que me ofrecía el Bureau.

—Magnífico, Charles. Veo que te encuentras en tu elemento: buena paga, chicas bonitas y un empleo a tu medida. Debes sentirte muy satisfecho —recalcó Marcel, observándole de reojo.

Los delgados labios de Du Naille se fruncieron en un rictus de hastío.

—Suponía que dirías algo semejante, *mon vieux* —confesó, sincero—: Vivo bien, es cierto. Pero eso no es todo para mí. El trabajo me resulta monótono, mis alumnas no son todas tan despiertas y capaces de asimilar mis enseñanzas como la que acabo de despedir. No puedes hacerte una idea de lo que es esto, Marcel. Docenas de gruesas burguesas, adineradas, se inscriben en el gimnasio con... la esperanza de que yo dedique todo mi tiempo a ellas, una por una. No tienen el menor interés por la lucha. En el fondo, buscan una aventura fácil con un hombre joven, a espaldas de sus esposos, excesivamente ocupados en la tarea de amasar dinero en sus negocios. Todo ello me asquea, amigo mío. La verdad es qué me aburro, *diable* —hizo una pausa, miró a Dupont de soslayo, y añadió—: ¿Me creerías, Marcel, si te dijera que añoro mi trabajo en el Deuxième Bureau?

Marcel estuvo a punto de saltar de un brinco. ¿Cabía una solución más fácil para resolver el encargo que el prefecto Saint-Paul le había confiado?

Por fortuna, consiguió controlar sus emociones e incluso adoptar

una actitud indiferente, con su habitual expresión de «cara de pez».

—Nunca lo hubiera creído —suspiró, al fin—. Claro que tú eres un hombre inquieto, dinámico, incapaz de atarte a la rutina. Es posible... Sí, tal vez pudieras volver al Bureau.

Inmediatamente, los duros dedos de Du Naille le apresaron por los hombros.

—¿Qué dices, Marcel? ¿Crees que eso sería posible? Escucha, *mon vieux*, yo estaría dispuesto, yo sería capaz de...

—¿De qué, exactamente? —inquirió Dupont, que hacía esfuerzos para aguantar la risa.

—Bueno, trataría de moderar mis modales, intentaría domar mi temperamento, ¡no sé!

Entonces, Dupont le tomó por un brazo, incapaz de seguir fingiendo.

—No es necesario que cambies, Charles, viejo amigo. Un hombre debe ser fiel a sí mismo hasta el fin de sus días. Escucha: el prefecto Saint-Paul me ha enviado a buscarte, con el encargo terminante de no volver con las manos vacías. Quiere encargarte una investigación difícil.

—¿De qué se trata? —Du Naille parecía ansioso.

—Existe una profunda inquietud en las altas esferas del Gobierno. Verás, varias personalidades han desaparecido, entre ellas un extranjero. Se trata de Douglas Handstrong, un norteamericano, agregado en misión especial al Ministerio de Defensa. Handstrong es un experto en balística nuclear, ¿entiendes? Por desgracia, actualmente no existe un entendimiento excesivamente cordial entre Washington y París. Handstrong fue enviado con anterioridad, a partir de la crisis del petróleo...

—Sé algo de eso. Vi al americano, en la televisión —comentó Du Naille.

—Pues bien, éste es el asunto: los americanos pueden sentirse recelosos por la desaparición de Handstrong. Y ahora las cosas se han agravado.

—¿Por qué?

—Ayer fue hallado el cadáver de Douglas Handstrong. Se encontraba en el interior del compartimento secreto de una furgoneta. Su cadáver estaba ya descompuesto. En fin, Charles, ¿estás dispuesto a venir conmigo?

—Aguarda tres minutos. Lo justo para tomar una ducha y vestirme —respondió el ex policía. Y abandonó el gimnasio.

CAPÍTULO IV

El furgón «Citroën» se encontraba en un patio interior de la gendarmería del puerto.

Había algunas chapas retorcidas en el suelo, y en el piso del vehículo podía advertirse enseguida una oquedad rectangular.

—Parece un ataúd —murmuró Du Naille.

No era él la primera persona que hacía tal comentario, pero el delgado Dupont asintió con un movimiento de cabeza.

—Parece un viejo vehículo, a punto de ser desechado. Desde luego, la matrícula es falsa. En cuanto a ese compartimento secreto, se trata de una chapuza corriente: cualquier mecánico chapista podría realizarla, sin el menor esfuerzo... ¿Qué te sugiere todo esto, Charles?

Du Naille sacó un paquete de cigarrillos negros y se puso uno en los labios. Lo encendió y lanzó una bocanada de humo, que fue arrebatada por una racha de viento.

—¿Cómo diablos puedo saberlo? —confesó, malhumorado, pues la lluvia, que arreciaba ya, acababa de convertir su cigarrillo en algo incombustible—. Imagino que las otras personas desaparecidas ocuparon también un lugar en este furgón. Tanto Douglas Handstrong como los otros se esfumaron cuando se encontraban en París, lo que me induce a pensar que los cuatro siguieron el mismo camino. Pero...

—Sigue —le animó Dupont con las manos metidas en los bolsillos de su gabardina y el cuello alzado, de forma que su estrecha cabeza casi desaparecía entre los hombros.

—Algo me dice que la muerte de Handstrong se debe a un accidente fortuito.

—¿Accidente? —Gruñó Dupont, incrédulo—. Estás loco.

—No lo creas. ¿Por qué iban a transportarlo de extremo a extremo del país para... asesinarlo en Marsella? Es absurdo. Si alguien secuestra a un tipo tan importante como Handstrong, no es por un simple placer sádico. Por otra parte, los expertos en balística nuclear no abundan tanto como los descargadores del puerto o los explotadores de prostitutas. Su formación es carísima y larga. Se cotizan mucho los hombres como Handstrong, ¿comprendes?

—No —confesó Dupont con sinceridad—. Pero sigue hablando. Eso que dices parece interesante.

—Está la crisis del petróleo. Estados Unidos ha amenazado públicamente a los países árabes que poseen petróleo. Incluso afirmaron que, de producirse un nuevo embargo petrolífero, tomarían por la fuerza los pozos del golfo Pérsico. ¿Quién puede asegurar que los árabes están considerando la posibilidad de armarse definitivamente, incluso de alcanzar el poderío atómico?

—Sigo pensando que estás loco, Charles. A pesar de su petróleo, los árabes son todavía pobres, subdesarrollados, pertenecen al Tercer Mundo. Incluso carecen de lo más elemental: agua, alimentos, medicinas...

—Hay algunos árabes pobres, lo confieso. Pero están los pequeños emiratos del golfo Pérsico, que disponen de petróleo suficiente para anegar en carburante todo el mundo occidental. Ése es su recurso: el petróleo. Les ha servido para provocar la crisis económica en toda Europa, y puede servirles para convertirse en potencia nuclear. Los árabes están invirtiendo sus petrodólares en Europa, en Estados Unidos. Creo que cualquier día el sueño de un francés de la clase media se resumirá en pertenecer al servicio doméstico de uno de esos emires del golfo Pérsico...

Dupont lanzó una maldición entre dientes.

—Una bella perspectiva. —Murmuró, malhumorado.

Descendió del furgón, y Du Naille siguió sus pasos.

—No lo dudes, Marcel —remachó Charles—. Los árabes poseen dinero, oro suficiente para pagar a una organización criminal o a docenas de organizaciones criminales. E incluso para montar instalaciones de experimentación atómica.

Dupont parecía no prestarle mucha atención. Contemplaba, distraído, a los dos gendarmes que les habían guiado hasta allí, los cuales aguantaban estoicamente la lluvia en el patio de la

prefectura portuaria.

—Está bien. —Dupont se volvió, impaciente, hacia su compañero—. Admitamos que todo lo que estás diciendo no sea una locura, aceptemos la idea de que los países árabes están empeñados en conseguir material atómico para su defensa. Pero ¿cuál de estos países carga con la responsabilidad, cuál de ellos establece contacto con las organizaciones criminales de las que hablas? ¿Arabia Saudita, Egipto, Jordania, Siria, Irán, Libia...?

Du Nadie acababa de conseguir encender otro cigarrillo.

—Tal vez, todos unidos. Como unidos están contra Israel —confesó.

—¡Tonterías! Pero, en fin, a nosotros nos interesa algo más próximo y concreto. Estoy de acuerdo con la teoría de que las cuatro personas desaparecidas fueron secuestradas en París y traídas a Marsella dentro de este furgón. Supongo que alguien debería hacerse cargo de los secuestrados en Marsella y encargarse de enviarlos al Oriente Próximo o a África...

—A África —puntualizó Du Naille—. Los cuerpos de esas personas, permanentemente narcotizadas, serían trasladados en barco o avión al continente negro. Kandstrong murió dentro de ese ataúd metálico, por falta de asistencia. La persona que lo trasladó a Marsella debió sufrir un accidente o tal vez murió, y eso supuso la muerte para el americano. La autopsia de Handstrong demuestra que le mantuvieron sometido a la acción de una droga paralizante.

—Sí, sí —le interrumpió Dupont, cada vez más impaciente—. Pero ¿quieres decirme cuál va a ser nuestra actuación inmediata? Saint-Paul exige resultados, no meras especulaciones.

Du Naille arrojó el cigarrillo al suelo y se volvió hacia Marcel.

—Volvamos a París, puesto que allí comienza la pista. Una investigación a fondo puede darnos la clave de la conexión en la capital —dijo.

—Tout d'accord,

volvamos cuanto antes. Estoy harto de este clima húmedo y lluvioso, *diabla* —rezongó Dupont. Y estornudó.

Minutos después, se despedían del prefecto Degas, y abandonaban la gendarmería.

El «Alpine» Special de Charles, en el que habían hecho el viaje

desde París, estaba estacionado al otro lado de la Avenue du Méditerranée.

Tuvieron que cruzar la calzada a la carrera, porque la lluvia caía ya de forma torrencial, y empapaba sus ligeras gabardinas.

Se encontraban en mitad de la calle cuando Du Naille advirtió algo que le llamó la atención: un hombre de mediana edad, muy moreno —un árabe, probablemente—, vestido con ropas muy usadas, empujaba a lo largo de la acera próxima un cochecito de inválido.

La silla de ruedas se detuvo entre dos automóviles estacionados junto a la acera, el inválido separó bruscamente de sus rodillas la manta con la que cubría sus piernas y... ¡una metralleta apareció entre sus manos!

El salto de Du Naille hubiera provocado la admiración de los viandantes, si las personas que deambulaban por la avenida del Mediterráneo no hubieran demostrado tanta prisa por ponerse a cubierto del repentino e improvisado diluvio.

En cualquier caso, Du Naille cruzó a través del aire los tres metros que le separaban de Marcel Dupont, le atenazó por los hombros y juntos rodaron por el suelo encharcado, en confuso montón.

Un segundo más tarde, la metralleta del falso inválido enviaba un chorro de balas por encima de sus cabezas.

El plomo blindado horadó las planchas de los automóviles estacionados, y las detonaciones se elevaron por encima del rumor estrepitoso del chaparrón.

Dupont, que había chocado de cabeza contra el «Alpine» de Charles, se volvió hacia éste, pálido y desencajado.

—¡Mon Dieu! —gimió—. ¡Estos marseleses son de cuidado! ¿A quién tratarían de alcanzar, camarada?

Du Naille soltó una seca carcajada, al tiempo que se arrastraba en mitad de un charco.

—¿A quién, preguntas? ¡A nosotros, *mon vieux*!, ¿no lo has comprendido? —gritó. Y se incorporó junto a su automóvil.

Du Naille llevaba su revólver en la mano, dispuesto a defenderse.

Se sentía rabioso, lleno de furia por aquel inesperado atentado. Pero cuando rodeó el coche, la silla de ruedas estaba vacía, con las

ruedas girando al aire, en mitad de la calle.

Alzó la cabeza y advirtió que los dos árabes tratabas de introducirse apresuradamente en un «Volkswagen» próximo.

—¡Dupont! —gritó, colérico—. ¡El «Volkswagen» azul! ¡Están tratando de escapar!

Uno de los individuos asomó el cañón de una metralleta por la ventanilla izquierda del «Volkswagen».

Inmediatamente brillaron las cárdenas llamaradas. Las balas se estrellaron contra los adoquines, peligrosamente cerca de Du Naille, que se había incorporado y corría como un loco hacia el automóvil.

Dupont lo vio todo, y gritó de cólera y de espanto. Porque estaba seguro de que Charles yacía sobre el asfalto, ensangrentado, quizá muerto.

Cuando logró reaccionar, alzó su revólver y disparó contra los hombres del «Volkswagen».

Agotó el tambor, loco de desesperación y de rabia.

En aquel momento, el motor del «Volkswagen» rugió con fuerza y el automóvil se desplazó de la acera y golpeó lateralmente al «Simca» que tenía delante en su loco afán por huir.

El cañón de la metralleta seguía apoyado sobre la ventanilla del coche fugitivo, por cuanto Dupont tuvo que aplastar su rostro contra los adoquines, sin la menor dilación.

El automóvil pasó zumbando junto a él, y las planchas de los coches estacionados en cordón crujieron espantosamente, al ser perforadas por la andanada de balazos.

Cinco metros más allá, un vociferante y maldiciente Charles Du Naille se alzó del suelo, arrojando sangre por la nariz.

Contuvo la respiración, afirmó el pulso y disparó a intervalos contra el «Volkswagen» hasta que el percutor de su arma picó sobre un cartucho vacío.

Una mueca furiosa alteró sus facciones al imaginar, por un momento, que el automóvil fugitivo iba a escapar, a pesar de que había apuntado con todo cuidado a la cabeza del conductor.

Luego, vertiginosamente, el coche viró a la derecha.

A ochenta kilómetros por hora, embistió contra la fila de automóviles estacionados en la Avenue du Méditerranée.

La colisión fue impresionante.

El «Volkswagen» saltó sobre un estilizado «Masseratti», alcanzó la acera, tronchó una acacia, brincó sobre un banco metálico y fue a estrellarse contra el más próximo semáforo.

Du Naille corrió hacia allá, seguido por Dupont, que renqueaba lastimosamente y maldecía con toda su alma.

Para entonces, un retén de la cercana prefectura abandonaba el cuartel y acordonaba rápidamente la zona.

El «Volkswagen» ardía a llamaradas y, poco después, se convertía en un montón de hirviente y deforme chatarra. La lluvia seguía cayendo sobre sus candentes planchas, y las gotas se convertían rápidamente en silbante vapor blanquecino.

Du Naille, ágil, llegó el primero.

Dirigió una ojeada al interior del automóvil, y comprendió que sería inútil interrogar a los dos ocupantes.

Sus cuerpos ensangrentados y mutilados hablaban por sí solos: estaban muertos.

CAPÍTULO V

Aquella misma tarde, Du Naille y Dupont visitaron el depósito de cadáveres de Marsella.

Se habían visto obligados a posponer por unas horas su regreso a París, a instancias del prefecto de policía Degas, que deseaba que prestasen declaración sobre el suceso ocurrido en la Avenue du Méditerranée.

En el depósito de cadáveres, les esperaba un policía de la Sûreté, llamado Grospoison.

—Pensé que tal vez les interesase echar una ojeada al cadáver de un individuo llamado Durand. Encontramos el cuerpo esta mañana. O, mejor dicho, lo encontró un guardabosques.

Du Naille le miró con extrañeza.

—Me parece bien, pero ¿qué relación puede guardar ese Durand con el asunto que nos interesa? —preguntó.

Grospoison rió como un zorro.

—Sígueme al depósito. Se lo explicaré allí —indicó, al cabo, amablemente.

El rostro mofletudo, pálido y demacrado de Gaston Durand no suscitó ninguna idea interesante a los dos policías del Deuxième Bureau.

—Tenía su documentación en el bolsillo: el documento de identidad y el carnet de conducir. Por lo demás, sus bolsillos estaban vacíos... a excepción de un llavero.

—*Et bien*, ¿qué tiene que ver? —quiso saber Dupont, impaciente.

—Enviamos una llamada por radio a París, y se nos informó que Durand estaba fichado por algunos delitos menores. De todas formas, tuve un presentimiento. Así que tomé las llaves de Durand y me fui a la gendarmería del puerto. En fin, señores, las llaves

corresponden al furgón «Citroën», matrícula DH-7645, en el que fue hallado el cadáver de mister Douglas Handstrong, ¿comprenden?

Dupont pronunció una interjección poco ortodoxa.

—Eso significa que fue Durand quien transportó el furgón hasta Marsella —dijo luego.

—Evidentemente, señores —respondió Grospoison, orgulloso de haber demostrado su perspicacia, nada menos que ante los «intocables» del Deuxième Bureau.

—Admirable, amigo Grospoison —alabó sinceramente Du Naille. Y se volvió a Dupont.

—Anímate. No hemos perdido el tiempo, Marcel... a pesar de tu catarro —le confortó con unos golpecitos en el hombro. Volvióse a Grospoison y preguntó—: ¿Han conseguido identificar a los dos hombres que nos atacaron en la Avenue du Méditerranée?

—Fue fácil, pues estaban fichados: se llamaban Alex Rocco y Ben Yaffir. Eran «pájaros» de escasa importancia. Pistoleros de los que se alquilan por mil francos. Aunque, aparentemente, tenían empleo; los teníamos bajo vigilancia.

—¿Qué clase de empleo tenían Yaffir y Rocco? —indagó Charles, inmediatamente.

—Trabajaban para la agencia de viajes Voyages Mouffie, como simples cargadores. La agencia pertenece a Mohamed Mouffie, un argelino nacionalizado francés —informó Grospoison.

Poco después, Du Naille y Dupont se despedían del policía marsellés y volvían al «Alpine».

—Tendremos que seguir en Marsella por algún tiempo, Marcel —dijo Charles, volviéndose a su amigo.

—Eso me temo, maldita sea —gruñó Dupont, disgustado. Tenía la nariz enrojecida, y utilizaba continuamente el pañuelo.

—Vamos, vamos, *mon ami* —le animó Du Naille—. Es posible que averigüemos algo interesante. Según mi hipótesis, los científicos desaparecidos fueron embarcados en Marsella, rumbo a Africa, ¿*pas n'est-ce*

? Grospoison me ha dado una idea: Mouffie podría ser el enlace en Marsella, puesto que dirige una agencia de viajes, y estaba relacionado con Rocco y Ben Yaffir. Tenemos la agencia de viajes:

justamente lo que hace falta para enviar a uno o varios hombres al otro lado del Mediterráneo.

* * *

Mouffie se puso rígido cuando vio penetrar a los dos policías en la taberna A la Bonne Alsacienne.

—Son ellos, Zahira —murmuró, sin mover los labios y aproximándose a la bellísima mujer que se sentaba a su mesa.

Zahira entornó los rasgados ojos negros, y miró disimuladamente hacia la puerta por donde acababan de penetrar Charles Du Naille y Marcel Dupont.

—Rocco y Ben Yaffir han fallado —murmuró entre dientes. Y un destello de ira brilló en sus ojos.

Sus opulentos senos, que asomaban por el escote en forma de «V», se hincharon al compás de su respiración, agitada por la cólera.

—Disimula, Zahira —susurró Mouffie, forzada la sonrisa—. Nos están vigilando.

La mujer tomó la copa de licor, y se la llevó a los labios. Su mano temblaba levemente.

—Yo me ocuparé de ellos, Mohamed. Si ese par de *cochons* han fallado, Zahira sabrá arreglar el asunto. Enviaré a Mamoun, a Tzergah y a Kabili. Los tres me obedecen como perros fieles, y harán lo que yo les ordene...

—Calla, estúpida —gruñó su interlocutor, sin perder la sonrisa—. Tus labios tiemblan cuando hablas de matar, aunque tú no puedas advertirlo. ¿Qué ocurriría si tus matones fallaran? Todo el mundo sabe, en Marsella, que eres *ma fiancée*. Para esos policías, sería fácil suponer que yo tengo que ver algo en el asunto.

Los enigmáticos ojos de Zahira volvieron a destellar, furiosos.

—Pero... ¿no lo comprendes, Mohamed? Es posible que, a estas horas, Rocco y Ben Yaffir hayan confesado lo que sabían. Y si es así, estamos perdidos —la mujer apenas podía disimular su pánico—. ¡Y no quiero volver a la prisión, no lo resistiría!

—Calla, Zahira. Los nervios te traicionan —advirtió el grueso Mouffie, vertiendo licor en la copa de la mujer—. Bebe. ¡Vamos, bebe! El alcohol te dará la seguridad que te falta.

Se sirvió también en su copa y se la llevó despacio a los labios.

—Eres una pequeña idiota, Zahira —dijo luego—. Reflexiona: si Rocco o Ben Yaffir hubieran confesado, esos policías no se andarían con contemplaciones. A estas horas estaríamos ya en un calabozo, ¿comprendes? Sonríe, esos policías no nos pierden de vista. Así... Sabías dominar perfectamente tus nervios, cuando te saqué del prostíbulo de *madame* Duquesne.

—No me lo recuerdes —protestó violentamente la hermosísima Zahira. Y apartó con un movimiento instintivo los cabellos de su rostro.

—Tranquilízate, Zahira —insistió Mouffie—. Esos policías no saben nada, pero yo empiezo a adivinar que Rocco y Ben Yaffir están muertos. Por tanto, no pueden complicarnos...

—¿Quieres decir que no vas a hacer nada, que te vas a quedar cruzado de brazos, mientras esos dos tipos de París nos siguen a todas partes?

—Lo mejor es alardear de tranquilidad. Nada de acciones desesperadas. Ellos lo ignoran todo, aunque tal vez sospechen de mí. A los policías les pagan para que piensen, para que saquen deducciones, pero son necesarias pruebas para llevar a un hombre a la cárcel. Ese desgraciado, Durand, no llegó a ponerse en contacto conmigo, de forma que nada pueden probar en contra mía.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente, pequeña desconfiada. Lo hecho..., hecho está, y no queda rastro de ello. En cuanto a ti, procura mantener la lengua en reposo. No te confíes a nadie y compórtate de una forma normal. Yo haré otro tanto: mi «trabajo» se suspenderá por un tiempo indeterminado... hasta que esos policías se cansen de vigilarme a todas horas. Luego...

* * *

Du Naille y su camarada volvieron a París, tres días después. Se sentían malhumorados y desalentados.

Mouffie había resultado un hueso duro de roer. Toda la paciencia y la sagacidad de los hombres del Deuxième Bureau se había estrellado contra la barrera impuesta por el argelino.

Du Naille y Dupont le habían seguido constantemente. También habían interferido sus teléfonos e incluso su correspondencia y

controlado la agencia de viajes Mouffie.

Todo en vano. No había el menor resquicio por donde llegar al argelino.

—Creo que Mouffie nada tiene que ver con el asunto —era la opinión de Marcel Dupont.

Du Naille pensaba de forma muy distinta. Su instinto, su experiencia policial y sus conocimientos de psicología criminal, le decían que un hombre no se rodea de tantas precauciones como Mouffie, si está absolutamente limpio de culpa.

No quedaba sino volver a París.

Du Naille confiaba en averiguar algo concreto a partir de Gaston Durand. Teniendo la seguridad de que Durand había transportado a los científicos hasta Marsella, sus familiares o amigos podrían aportar alguna declaración importante.

Por desgracia, Durand no tenía familiares. En cuanto a sus amigos, ninguno de ellos aportó datos interesantes.

Para entonces, el prefecto Saint-Paul había perdido la paciencia y amenazaba con destituir a *toda su pandilla de inútiles sabuesos resfriados*.

Fue al día siguiente cuando Du Naille tuvo la inspiración.

—¿Recuerdas a Jean «Bobo» Glisson? —preguntó a Dupont. Y al advertir que su amigo asentía, añadió—: Si alguien puede ayudarnos, Bobo es nuestro hombre. ¿Tienes idea de dónde podríamos encontrarle?

—Sí. Bobo es mutilado de guerra, y ello le valió la concesión para la venta de lotería. Tiene un cuchitril en los alrededores de L'Etoile

—respondió Dupont.

—¿Qué esperamos entonces? Hagámosle una visita.

La expendeduría de loterías de Bobo Glisson estaba situada, en efecto, en un callejón próximo a la Place de l'Etoile.

Bobo, que siempre había sido canijo y enteco, ofrecía ahora un aspecto saludable y próspero e incluso había engordado diez kilos.

En cuanto vio penetrar en su negocio a los dos policías, Bobo se puso en pie.

—¡*Mon Dieu!* —exclamó—. ¡Pero si son mis buenos amigos *monsieur* Du Naille y su honorable amigo, *monsieur* Dupont!

Créanme, señores, de nada tengo que avergonzarme actualmente. Estoy limpio como una sábana de Holanda, amigos. Ya ven que mi negocio funciona bien. Nada de aventuras, nada inconfesable en este honrado negocio...

Du Naille tuvo que interrumpir su verborrea con un ademán autoritario.

—No hemos venido a detenerte, Bobo, si es eso lo que temes.

—*Mais...* ¡de ninguna manera! ¿Por qué iba a pensar tal cosa?

—Iremos al grano, entonces. Necesitamos una información confidencial, y estamos seguros de que podrías ayudarnos, puesto que conoces perfectamente el ambiente que nos interesa. Eras el más famoso perista de la ciudad, te relacionabas con individuos que sabían desguazar un automóvil en pocos minutos, con mecánicos que arreglaban coches robados, con...

—Pero,

m'sieu

, todo eso quedó atrás. En la actualidad, estoy retirado de tales actividades. Compréndanlo, fueron ingenuos errores, propios de un joven alocado —protestó el antiguo delincuente.

Du Naille se echó a reír.

—¡Ingenuos errores de un joven alocado! —repitió, sarcástico—. Tienes cerca de sesenta años, Bobo, y has sido un delincuente profesional hasta hace poco tiempo... Está bien, sólo queremos conocer el nombre de la persona capaz de transformar un automóvil «bajo cuerda». Te lo explicaré: buscamos a un individuo que se dedica a preparar receptáculos trucados, capaces de contener contrabando, estupefacientes o, tal vez, un hombre.

Bobo se puso rígido inmediatamente. Una mujer acababa de penetrar en el pequeño despacho de loterías.

Du Naille se volvió, dirigió una larga mirada a la atractiva silueta de la mujer, y sus labios delgados se distendieron en una sonrisa.

—¡Pero si es *madame* Cambert!

—Ah, los admirables Du Naille y Dupont —exclamó Gisèle Cambert, una señora de unos cuarenta años, muy guapa y elegante—. Les veo sorprendidos.

—Confieso que jamás me la hubiera imaginado adquiriendo billetes de lotería —admitió Charles—. Usted es una mujer muy

rica, *madame*. Me parece recordar que su esposo le legó, al morir, una cuantiosa fortuna.

Giséle sonrió.

—No puedo quejarme, aunque... sería tres veces más rica si Charles De Gaulle no hubiera renunciado a Argelia. Nuestros negocios en Argel y otros puntos fueron prácticamente confiscados, y apenas recibimos una indemnización simbólica —explicó—. En cuanto a la lotería, es un pequeño vicio disculpable. Me distrae.

Madame Cambert adquirió unos billetes de lotería, y se despidió de los policías, siempre sonriente y amable.

Cuando la mujer hubo desaparecido, Du Naille se volvió a Glisson.

—¿Y bien...?

—Lo siento,

m'sieu

. Créanme, no estoy ya en el ambiente, dejé esa vida. Me temo que no podré ayudarles —denegó.

Los músculos faciales de Du Naille se tensaron.

—Es una lástima, Bobo. Comprendo que te gustaría seguir disfrutando de un negocio como éste, fácil, cómodo y honrado. Pero para nosotros sería tremendamente fácil hundirte. Bastaría con sacar a relucir tu encubierta intervención en el *affaire* Legrange...

Bobo Glisson palideció terriblemente. Y un momento después comenzaba a hablar, sin necesidad de que Du Naille volviera a «animarle».

—Se llama Knut Herden. Es noruego de nacimiento, aunque adquirió la nacionalidad francesa hace muchos años. Tiene un taller de reparaciones en Lagny, detrás del cementerio civil. Herden hace esa clase de trabajos y otros muchos. Pero, por favor, no me descubran: no llegaría con vida a final de mes.

Los dos policías abandonaron el despacho de Glisson y poco después el «Alpine» abandonaba París y enfilaba la carretera del Este.

CAPÍTULO VI

El hombre era alto, huesudo, y sus cabellos rubios-grisáceos se escapaban, rebeldes, por debajo de la gorra.

Estaba inclinado sobre el motor de un viejo coche americano y tarareaba una cancioncilla entre dientes, al tiempo que utilizaba diversas herramientas para desmontar un carburador.

Hizo un alto, dejó la llave que acababa de utilizar sobre el guardabarros, golpeó la cazoleta de su cachimba contra el paragolpes y volvió a cargarla con aromático tabaco holandés.

Parecía sentirse muy satisfecho y, probablemente, tenía suficientes razones. Porque, por primera vez en su vida, Knut Herden poseía una cuenta en el Banco.

Herden siempre había vivido agobiado por los créditos, los plazos y la escasez de trabajo. Pero entonces era un hombre honrado.

Sólo tuvo que cruzar la estrecha barrera que media entre el delito y la honestidad para que todos sus agobios económicos terminasen.

¿Delito? Para Herden, no existía el delito en sus chapuzas. A él le encargaban un trabajo así o asá, y lo realizaba. No tenía que conocer con detalle para qué querían sus clientes un coche trucado. ¡Allá ellos!

Su tallercito de Lagny estaba situado en un lugar discreto, escondido: exactamente detrás del cementerio.

No era un lugar al que pudiera llegarse casualmente. Quien venía al taller de Knut Herden sabía muy bien lo que necesitaba.

Herden, por lo demás, era un excelente mecánico. Habilidadoso y completo, pues lo mismo sabía carrozar un vehículo que bobinar un motor de arranque.

Sin embargo, no era aquélla la cualidad que más apreciaban sus clientes, sino su discreción a toda prueba. Herden, por ejemplo, no llevaba ninguna clase de libros, anotaciones, contabilidad, etc.

Encendió su pipa y se limpió las manos con un trozo de algodón.

Estaba necesitando un trago, y en el armario de la pequeña habitación contigua tenía una botella de *whisky*.

Cuando se dirigía hacia allá, Herden dirigió una ojeada, llena de orgullo, a su completo taller. A los taladros, al compresor nuevecito, a la fresadora, al cargador de baterías, a la máquina para reglar los faros...

Todo aquello era nuevo, moderno. Y le pertenecía por completo. Siempre había soñado con poseer algo así, y ahora su deseo se veía convertido en realidad.

Penetró en la habitación, abrió el armario, cogió la botella y se sirvió tres dedos de licor, en un vaso sucio de huellas de grasa.

Lo apuró de un trago y se estremeció. Hacía frío, pero el licor inundó su cuerpo, en una oleada de confortante calorcillo.

Volvía hacia el taller, cuando quedó quieto, rígido, en la puerta.

¿Qué hacían allí aquellos cuatro desconocidos?, se preguntó, íntimamente alarmado.

Fuera, en la calle convertida en barrizal por las últimas lluvias, había un gran coche americano, flamante, pintado de negro.

Uno de aquellos individuos aguardaba en la puerta y silbaba quedamente. Otro había tomado una llave inglesa muy pesada, y la sopesaba en su mano junto a uno de los bancos de trabajo adosados al muro de la derecha.

El tercero parecía muy interesado en contemplar el motor del coche que estaba reparando Herden. Y el cuarto estaba en mitad del taller, observándole.

Los cuatro vestían idénticas ropas elegantes *au dernier cri*: chaquetas entalladas de grandes solapas, zapatos de tacón alto, corbatas anchas, de colores chillones...

—Argelinos —murmuró Herden, disgustado.

No podía tragarlos.

Los argelinos y marroquíes inundaban toda Francia. Con sus cabellos cortos y rizados, sus rostros oscuros y sus ojos brillantes y enigmáticos.

Herden sentía repugnancia hacia los hombres de color. Tenía un

olfato muy sensible, que captaba inmediatamente el hedor a sudor de los naturales de África.

Algo, en aquellos hombres, le indujo a pensar que el motivo de su visita no era precisamente el de encargarle algún trabajo.

A cada momento, Herden se sentía más indignado por la insolencia de aquellos desconocidos, que acababan de asaltar su taller y lo curioseaban todo en silencio, como si se encontraran en su casa.

Dio unos pasos hacia el hombre más próximo, y se encaró con él.

—Está bien —dijo en francés, con su rudo acento nórdico—. ¿Qué es lo que buscan?

El hombre de color no respondió inmediatamente. Por el contrario, cruzó junto a él, ignorándole, y se introdujo en el cuartito próximo, con toda desenvoltura.

Herden masculló una imprecación, y le siguió a la carrera, sintiendo que la cólera hervía ya en su pecho.

—¡Espere! —gritó—. ¿Cómo se atreve a...?

Sus palabras se estrangulaban en su garganta, tan intensa era su indignación, por la intromisión de aquellos desconocidos.

—¿Es usted Knut Herden? —preguntó el argelino, sin dignarse a mirarle.

—Sí. ¿Qué diablos significa...?

El argelino levantó el auricular del teléfono colgado del muro y, de un tirón brutal, arrancó el cordón hasta romperlo.

Incapaz ya de dominar su furia, el noruego se abalanzó sobre el hombre de color.

Pero ni siquiera llegó a tocarlo. Otro de los argelinos acababa de saltar sobre él por detrás, y le derribó de un tremendo golpe en la cabeza, asestado con la pesada y brillante llave inglesa.

Pero Herden era fuerte y, aunque cayó al suelo, no perdió por completo el conocimiento.

Antes de que hubiera podido recuperarse del terrible golpe, los dos individuos le arrastraron hacia el taller.

En breves segundos, Herden fue atado con alambres a un banco de trabajo.

—¿Por qué, por qué...? —preguntó, aterrado.

Y se revolvió y trató inútilmente de librarse de los finos hilos metálicos que se clavaban dolorosamente en sus carnes.

Tenía ante sí los tres rostros brillantes y oscuros de los forajidos. El cuarto hombre permanecía en la puerta, vigilando, sin duda.

—¿Qué quiere que le diga, Herden? —se burló el argelino que mandaba el grupo—. No tenemos nada contra usted, es cierto. Pero debemos terminar con usted cuanto antes. Es nuestra misión.

Herden gimió de espanto. Volvió a forcejear desesperadamente, pero sólo consiguió que los alambres se incrustasen más profundamente en sus muñecas, hasta que la sangre brotó, abundante.

—No sea estúpido, amigo. Se fatigará inútilmente —rió uno de los desconocidos con despiadada burla.

—¿Qué... qué se proponen? ¡No pueden hacerlo, no pueden matarme, no tienen motivos contra mí, nada les he hecho! —gritó.

—Eso nada importa, Herden —respondió su interlocutor—. Veamos, supongo que tendrá por ahí unas latas de gasolina, tal vez un bidón lleno de carburante...; ¿dónde está?

El rostro de Herden se inundó de frío sudor.

—¡No! No hay gasolina. No tengo una gota, no la necesito —denegó a gritos.

Pero sus ojos, desorbitados por el pánico, miraron inconscientemente hacia el cuartito próximo.

—Ve allá, Mustafá —ordenó secamente el jefe de los bandidos—. Allí está la gasolina. El mismo se ha descubierto.

Un momento después, Mustafá regresaba con un cuadrado bidón de carburante en la mano.

Ante la aterrada expresión del noruego, el argelino destapó el recipiente y derramó la gasolina a chorros sobre sus cabellos y en su mono azul, hasta que Herden se sintió completamente empapado.

El resto del recipiente fue derramado sobre el coche, las máquinas-herramientas del taller y el montón de neumáticos apilados en un rincón. El carburante inundó el piso, y su penetrante aroma se expandió en el aire.

Un grito ronco se escapó del pecho de Knut Herden.

¿De qué habían servido todos sus sacrificios si el taller completo, si él mismo iban a quedar destruidos por el fuego?

En un instante, el taller quedó vacío.

Desde la puerta, Mustafá encendió una cerilla y la arrojó sobre el charco de gasolina.

Una llamarada gigantesca desplazó el aire hacia el exterior.

Los forajidos no aguardaron más. Atropelladamente, penetraron en el coche americano y abandonaron el lugar a gran velocidad. Los neumáticos del automóvil elevaron surtidores de fango a su alrededor.

A cincuenta metros de allí, Mustafá, que conducía el coche, lanzó un reniego colérico al divisar el «Alpine» que rodaba en sentido contrario, por el estrecho camino lleno de charcos.

—¿Qué haces, estúpido? —le apostrofó su jefe, al comprobar que Mustafá frenaba para dejar pasar al «Alpine»—. ¡Adelante, embiste a ese coche; échalo fuera del camino! ¡Vuélcalo!

Mustafá rechinó los dientes.

Su jefe tenía razón: si aquellos individuos que se acercaban en el «Alpine» conseguían ver sus rostros con claridad, las cosas podrían complicarse lamentablemente.

Aceleró y el coche americano saltó, potente, hacia adelante como un potro cerril espantado.

Charles Du Naille barbotó una imprecación muy fuerte, y torció el volante de su «Alpine» para evitar la colisión.

Su coche se salió del camino, pero el macizo paragolpes del otro vehículo le alcanzó de costado, y le hizo girar como una peonza.

Resonó el crujido de las planchas, y Du Naille frenó intermitentemente con urgencia hasta que el automóvil que conducía quedó inmóvil, en mitad del fango.

El motor se había calado. Charles, rabioso, dio al contacto, metió una velocidad y aceleró a fondo, mientras pisaba a compás el embrague. A su alrededor, brotaba, impetuosa, el agua sucia ensuciando los cristales y dificultando la visión.

—¡Charles! —gimió Dupont, a su lado—. ¡Vamos a caer por ese terraplén!

Al borde mismo de una caída muy pronunciada de unos quince metros, los neumáticos del «Alpine» se afianzaron sobre terreno firme, y el coche se apartó del peligroso lugar, como una flecha.

En aquel momento se oyó el característico tableteo de una metralleta.

Pedazos de plomo blindado silbaron en el aire, y destrozaron el cristal parabrisas.

Dupont abrió la portezuela de su lado y se lanzó sobre el fango,

sin el menor remilgo, mientras Charles hacía otro tanto, por su lado.

Al fin, oyeron el petardeo de un escape y vieron alejarse al coche americano, que desapareció tras las tapias del cementerio.

Charles comenzó a barbotar palabrotas en el más sucio *argot* de Montmartre. Pero miró a Marcel, contempló su patético aspecto, embadurnado de barro hasta las cejas, y rompió a reír a carcajadas.

—¡Ríe, ríe cuanto quieras! No creas que tu aspecto es mejor que el mío —gruñó Dupont.

Y ambos rieron estrepitosamente, hasta que Dupont señaló hacia el camino.

—¡Mira hacia allá! ¡Hay un hombre arrastrándose sobre el fango!

Era cierto.

Uno de los argelinos, malherido, se arrastraba como una babosa en mitad del barrizal.

Y el lodo estaba tiñéndose de rojo.

—No iba contra nosotros esa ráfaga de metralleta —murmuró Du Naille—. Ese tipo debió caer fuera del coche americano cuando nos embistieron.

—Y sus compinches decidieron ametrallarlo, ante la imposibilidad de volver a recogerlo —añadió Dupont—. Deben ser gente de cuidado.

—¿Me lo dices a mí? —se burló Charles.

Desenfundó su revólver y corrió, chapoteando sobre los charcos, hacia el hombre que se desangraba sobre el lodo.

Marcel le siguió, al cabo. Y estornudaba furiosamente.

CAPÍTULO VII

Jaled Ben Harka falleció a la una de la madrugada.

Durante ocho horas, los hombres del equipo de cirujanos habían luchado sin descanso contra la enorme pérdida de sangre y las heridas que perforaban el pecho del argelino.

Cuando Charles Du Naille abandonó la zona inmediata al quirófano, Dupont tosía secamente en el pasillo.

Charles le observó con interés y comprobó que el rostro de Marcel estaba congestionado y sudoroso.

—Debes irte a casa, *mon ami*. Tienes fiebre y apenas puedes respirar. Ven conmigo, Marcel. Te llevaré —se ofreció Du Naille, solícito.

—¡Y un cuerno! —explotó Dupont, tratando de sofocar su persistente tos—. Esto no es nada. Además, tengo que saber qué has averiguado.

—Poca cosa, puedes creerlo. Es cierto que logré arrancar algunas palabras a Ben Harka, a bordo de la ambulancia. Se moría. Y confesó que a él y a los otros les contrataron por el procedimiento del sobre en el buzón de correos. Les habían encargado anteriormente otros «trabajos» similares. Cada uno de ellos recibió cinco mil francos por realizar la «faena» en el taller de Herden. Dudo que ese desgraciado supiera nada más.

—Pero... los otros —dijo Marcel, sin dejar de toser.

—Ben Harka perdió el conocimiento. No conseguí que dijese una palabra más. Sin embargo, no creo que sea difícil encontrar a los forajidos que le acompañaban... si están fichados. Unos vecinos consiguieron apagar el fuego en el taller, y han encontrado una llave inglesa con huellas dactilares que no concuerdan con las de Knut Herden. Había varios cabellos ensangrentados en la

herramienta. Y pertenecían al noruego, por lo que se supone que uno de ellos le golpeó con la llave.

—¿Y Herden...?

—Estaba carbonizado cuando consiguieron extinguir el fuego. No conseguiremos nada por esa parte. Es curioso: se diría que la persona que decretó el asesinato de Herden *sabía que nosotros iríamos a interrogarle*.

—Es curioso, sí. Pero ¿quién...?

Du Naille se encogió de hombros. Y tomó del brazo a su camarada.

—Vamos, Marcel. No estás en condiciones de seguir en pie. Llamaré un taxi y te llevaré a casa. Métete en la cama, y déjate cuidar por Melanie. Yo me ocuparé de todo lo demás. Por cierto, ¿llevaste mi coche al taller?

Marcel se dejó conducir pasillo adelante.

—Sí. Me prometieron que lo tendrán para mañana... Es decir, para hoy. Sin embargo, creo que tendrás que buscarte otra compañía de seguros: tus aseguradores están hartos de pagar facturas de taller.

Charles rió entre dientes. Juntos, los dos policías tomaron el ascensor y descendieron.

Media hora después, Charles dejaba a Dupont en su domicilio de la pequeña ciudad residencial de Plain Morceau, y volvía hacia su apartamento de París.

Una vez en casa, decidió que lo mejor era tomarse un vaso de leche y una copa de coñac y descansar hasta el día siguiente.

También él se sentía un poco constipado, e incluso se estremeció de frío, al introducirse entre las sábanas.

Sintió ganas de fumar mi cigarrillo, de todas formas, y se incorporó en el lecho.

Tenía ya el pitillo en los labios y el encendedor entre los dedos, dispuesto a encender, cuando se detuvo.

Aunque tenía la nariz congestionada, y había perdido en parte el sentido del olfato como consecuencia del constipado, un raro aroma impregnaba su nariz.

Saltó de la cama y un leve desvanecimiento le obligó a doblar las rodillas, a punto de caer de bruces.

—¿Qué... diablos... me pasa? —murmuró en voz alta.

Lo comprendió de repente.

Olía a gas.

La cabeza le dolía horrorosamente cuando consiguió incorporarse y caminar, muy inseguro, hacia la ventana.

La abrió de par en par, aspiró profundamente el fresco aire de la calle, y comenzó a recuperarse.

—No es posible —se dijo mentalmente.

Jamás olvidaba cerrar el gas. Por lo demás, rara vez utilizaba la pequeña cocina del apartamento y, cuando lo hacía, era para prepararse algún café u otra bebida caliente, pues, por lo común, acostumbraba a comer fuera.

Pero las espitas de la cocina y del homo estaban abiertas al máximo. Y también el calentador de agua del cuarto de aseo.

Cuando hubo abierto todas las ventanas, cerró la llave de paso del gas, y volvió al pequeño vestíbulo.

—Sólo bastaba encender el mechero y... ¡bum!, mañana me habrían encontrado convertido en pedacitos —pensó, lleno de cólera.

Observó la puerta con atención, y descubrió que la cerradura había sido violentamente arrancada de la hoja de madera.

Después, la persona que había penetrado en su apartamento había vuelto a apretar los tomillos que sujetaban la cerradura, dejándola de tal forma que había que mirar con gran atención para descubrir los pequeños desperfectos causados sobre la madera.

—Nada más fácil —razonó—, puesto que la puerta puede cerrarse con un simple tirón, desde fuera.

Reflexionó durante unos instantes, antes de volver a la cama.

Desde luego era evidente que habían intentado matarle. La trampa estaba tan bien preparada que, muerto él, todos hubieran pensado que se trataba de un accidente casual.

—Elemental. Uno deja, descuidadamente, abierto el gas, vuelve, enciende una cerilla y... ¡al infierno!

Sólo que Charles llevaba más de una semana sin utilizar el gas, y había dormido, sin el menor incidente, la noche anterior en su apartamento.

¿Valía la pena llamar por teléfono a Saint-Paul? Nada conseguiría con ello, por lo cual dejó para el día siguiente el informe al prefecto del Bureau.

Sin embargo, sí tomó algunas precauciones, antes de acostarse. En primer lugar arregló su lecho con algunas ropas de forma que imitase la silueta de un hombre durmiente, tomó algunas mantas y se fue a dormir... al cuarto de aseo.

Se cerró por dentro, se introdujo precariamente en la bañera y... se durmió.

Le despertó el zumbido del teléfono, muy avanzada la mañana.

Era Saint-Paul, y parecía malhumorado.

—¿Cree que está de vacaciones, Charles? Son las diez de la mañana —gritó su jefe, destempladamente.

—Lo siento, ya le explicaré. Me acosté muy tarde anoche, tuve complicaciones...

—Bien. Déjese de explicaciones tardías, y corra hacia acá. Ha ocurrido algo lamentable.

—¿De qué se trata? —Algo en el tono de Saint-Paul traslucía una intensa preocupación.

—Dupont ha sufrido un accidente, y está en el hospital. Un coche le atropelló, cuando salía de su casa. Curará, pero su estado inspira preocupación a los médicos.

Charles murmuró una maldición, y prometió a Saint-Paul que volaría hacia el Bureau inmediatamente.

Pidió un taxi por teléfono, y a las diez y media recogía su coche en el taller.

Acompañado del prefecto, se encaminaron al hospital.

Marcel Dupont yacía en el lecho, convertido en una momia, mitad vendas, mitad escayolas.

Acababa de recobrar el conocimiento, después de ser enyesado, y tenía un brillo mortecino en sus ojos saltones.

Viéndole, Charles dudó entre reír o echarse a llorar. Finalmente, se inclinó sobre él y preguntó, húmedos los ojos:

—¿Qué ocurrió, *mon vieux*? No tienes muy buen aspecto.

—Melanie me puso una inyección anoche y... esta mañana me sentía muy recuperado de mi catarro. Decidí volver al Bureau y reunirme contigo. Como solemos utilizar tu coche, dejé el mío en la calle y me dirigí a la parada del autobús. Llovía. Antes de alcanzar el refugio de la parada, un coche se abalanzó sobre mí y... me atropelló. Perdí el conocimiento y... acabo de recuperarlo. Me han dicho que tengo fracturado el brazo izquierdo y varias costillas.

¡Parbleu! No voy a poder ayudarte mucho en un par de meses, *mon ami*.

—Eso es lo de menos, Marcel. ¿Crees... crees que fue intencionado? Me refiero al atropello —indagó Charles.

—No lo sé. No recuerdo nada más.

Saint-Paul se despidió unos minutos después, tras ordenar a Du Naille que se reuniera con él, abajo.

Cuando el prefecto hubo salido, un destello brilló en los ojos saltones de Marcel Dupont.

—No he querido hablar delante de él, Charles. Porque no estoy seguro aún —murmuró a su oído.

—¿A qué te refieres?

—Me pareció reconocer a la persona que conducía el coche.

—¡Mon Dieu! ¿Es posible? —exclamó Du Naille, sin poder contenerse.

—Me pareció... Gisèle Cambert. El coche era un «Renault-17», color amarillo, y su matrícula empezaba por las letras DK. Pude observar esos detalles antes de que me alcanzase. No sé más.

—Estás... ¿estás seguro de que era ella, *madame* Cambert?

—Si estuviera seguro, se lo habría dicho a Saint-Paul. ¡Charles! Quiero que mantengas esto en secreto. Indaga, averigua si Gisèle Cambert posee un coche de esas características. Y si es así, dejo a tu decisión lo que haya de hacerse.

—Tranquilízate, así lo haré, Marcel. Volveré a verte en cuanto pueda —prometió Du Naille.

—Suerte, *mon ami*. Cuídate.

Por un momento, Charles estuvo a punto de hablarle del atentado criminal sufrido en su apartamento, la noche anterior. Pero se abstuvo de hacerlo porque, conociendo de sobras a Marcel, comprendía que ello solo iba a servir de preocupación a su viejo amigo. Y Dupont tenía bastante con aguantar los dolores e intentar recuperar de su accidente.

Abandonó el hospital y volvió al Bureau. Los gendarmes habían detenido a los tres argelinos, compañeros de Ben Harka.

Durante cinco horas, Du Naille dirigió el interrogatorio de aquellos tres pistoleros, que terminaron confesando el asesinato de Knut Herden.

Por desgracia, allí terminó todo, pues los tres confesaron —como

Ben Harka— haber encontrado un sobre con el dinero y las instrucciones para cometer el asesinato en el buzón de la pensión donde se hospedaban.

A las cinco de la tarde. Du Naille dejó a los argelinos en manos de dos policías del Bureau, y llamó por teléfono a los servicios de control del Registro Central de automóviles.

—Sí, «Renault-17 TS», matrícula

DK-0047

—le informó un funcionario—. Está inscrito a nombre de Léonard Gallard, propietario de un negocio de coches de alquiler sin conductor, en el número ochenta y ocho de la rue Desmatins, en el Distrito Once.

Charles tomó nota de los datos, y se trasladó a rue Desmatins.

Penetró en un oscuro garaje, y echó una ojeada a los automóviles. Allí estaba el «Renault-17», matrícula

DK-0047.

Desde una cabina elevada, un hombre calvo le invitó a subir.

—¿Léonard Gallard? —preguntó el policía.

—Sí. ¿Qué clase de coche quiere alquilar? —preguntó el calvo.

—Soy Du Naille, del Deuxième Bureau —el calvo se puso rígido—. Quiero saber el nombre de la persona que alquiló esta mañana ese coche.

—¿El

DK-0047?

Oh, lo han alquilado cuatro personas en la misma mañana. Será muy difícil averiguar...

Charles puso una enorme mano sobre su hombro.

—Escuche, Gallard: esta misma mañana, a las nueve y media, alguien atropelló a un hombre con ese automóvil. Hable claro o le llevaré al Bureau.

Ballard fingió consultar unos impresos y murmuró:

—Bien... A ver... de nueve a once el vehículo fue alquilado por... Sí, *mademoiselle* Gabeau.

—¿Gabeau? ¿Qué aspecto tenía?

—Vulgar. Una muchacha de unos diecinueve años, *con* aspecto de universitaria. Dientes grandes, pelo rojo, gafas...

Los dedos de Du Naille se incrustaron en el hombro del calvo. Tan fuertemente, que Gallará profirió un juramento.

—Vuelva a mentir y se arrepentirá. ¿Cómo era la mujer, en realidad? —preguntó el policía, mirándole fijamente.

—Bueno... Yo no quería, ¿entiende? Pero me dejó una propina de quinientos francos, a cambio de inscribirla con ese nombre, sin mostrarme su documentación. Comprenda, *monsieur*, yo...

—Quiero que me describa a esa mujer —exigió el policía.

—De unos cuarenta años, muy guapa. Elegante. Cabellos rubios, ojos azules, alta, bien proporcionada, *une belle femme*...!

—Nadie hubiera descrito mejor, en pocas palabras, a Gisèle Cambert. Así pues, era ella la que había atropellado a Dupont; no parecía existir ya la menor duda.

—Gallard, es posible que su negocio se vaya a pique, por su falta de honestidad —advirtió Charles al calvo—. De momento, no podrá abandonar París. Probablemente, será citado a testificar.

—Bien, *monsieur* —murmuró Gallard, humildemente—. Me tendrá a su disposición.

Cuando Du Naille abandonó el garaje, sabía ya cuál sería su próximo paso: visitar a la bella viuda Cambert.

CAPÍTULO VIII

Era la clase de residencia que suelen disfrutar los millonarios.

Tres hectáreas o cuatro de bello jardín, poblado de árboles y circundado por un alto muro y una lujosa villa situada en un claro, y rodeada de césped.

No había ningún automóvil a la vista, pero el vehículo podía muy bien estar guardado en su garaje.

—¿No tiene coche la señora Cambert? —preguntó Du Naille al mayordomo africano que había venido a franquearle la cancela de entrada al *cottage*.

—Oh, sí, *monsieur*; tiene dos —respondió el hombre, joven y bien vestido—. Un gran «Lincoln» y un «Ferrari» deportivo.

¿Por qué, entonces, Gisèle Cambert había alquilado aquella mañana el «Renault-17» con el que atropellase a Dupont?

—Sin embargo —añadió el servidor—, el «Lincoln» se averió hace unos días, y están reparándolo en el taller.

—Así que sólo dispone del «Ferrari»...

—Ni siquiera eso, señor. *Madame* se lo prestó, hace una semana, a su prima, *mademoiselle* Josephine Delmont, que quería participar en un *rally*, en el Midi —explicó el joven con sencillez.

—Ah...

Gisèle Cambert le recibió en un cómodo y amplio salón, dotado con muebles muy modernos y funcionales.

Estaba junto al ventanal, y vestía un elegante *déshabillé*, muy sutil y transparente.

Los últimos y rojizos rayos de un sol espectral mostraban, al trasluz, su linda silueta. Si se había situado en aquel lugar a propósito o era simple casualidad, era cuestión que Du Naille no supo discernir, por el momento.

—¡Mon Dieu! —gimió ella, tapándose el rostro con las finas manos, cuando el joven africano desapareció—. Debí comprender que esto sucedería antes o después. Nadie puede librarse de la ley...

Charles la observó, perplejo. ¿Admitía, pues, su culpabilidad de buenas a primeras?

—Adivino el motivo de su visita, amigo Du Naille. En fin..., sólo me queda confesar la verdad. Se lo diré todo, firmaré una declaración, aunque ello signifique el fin de mis ilusiones políticas...

Asombrado, Charles comprobó que los bellos ojos azules de Gisèle estaban cuajados de lágrimas.

—Serénese, por favor —rogó, impresionado—. Ya que así lo ha decidido, cuéntemelo todo.

Se sentaron. Y *madame* Cambert comenzó a hablar, muy compungida:

—Tuvimos una fiesta aquí, anoche, que se prolongó hasta la madrugada. Nos reunimos ocho o nueve personas, entre mujeres y hombres, la mayoría amigos de mi difunto esposo. La fiesta se animó, uno de mis amigos bebió con exceso e incluso se mostró torpe conmigo. Afortunadamente, el alcohol hizo su efecto y se quedó dormido. Pero esta mañana...

—Siga.

—Dije a Lucien, mi mayordomo, que le despertase, llamase a un taxi y le acompañase a su casa. Pero Germán estaba muy pálido, y su pulso latía muy débilmente. Quedé aterrada, pues parecía estar muy enfermo. Comprenda, Du Naille: tengo ambiciones políticas, y estoy preparando mi campaña para presentarme a diputado por el departamento de Seine y Oise, y un escándalo cortaría en seco mis posibilidades de ser algo en política.

—Bien. ¿Qué pasó?

—Tomé el taxi que Lucien había llamado, y decidí que lo más sensato era alquilar un automóvil y trasladar discretamente a Germán a su casa, tras lo cual avisaría a un médico para que lo atendiese. Por desgracia...

—¿Qué?

—Cuando volvía a casa, un hombre salió de detrás de un autobús. Confieso que conducía distraída y preocupada, de modo que cuando quise reaccionar, era tarde: un hombre yacía sobre el

pavimento, inmóvil. Fui débil y escapé, cuando debí detenerme y auxiliarle. Pero acallé mi conciencia diciéndome que muchas personas habían sido testigos del accidente y, por lo céntrico del lugar, no tardarían en atenderle. Tuve miedo, pensé en mi carrera política, y no cumplí con mi obligación, que era recoger a aquel infeliz.

—Aquel infeliz era Marcel Dupont, del Deuxième Bureau. Y ahora está en el hospital, escayolado hasta las cejas.

—¡Dupont, Dios mío, qué terrible casualidad! —gimió Gisèle. Y se retorció desesperadamente las manos.

—Dígame una cosa, *madame*. ¿Por qué ocultó su identidad ante Léonard Gallard, por qué le sobornó para obtener el coche? —preguntó Charles.

Gisèle desvió la mirada, ruborizada.

—Verá, me retiraron el carnet de conducir hace poco más de un mes, por exceso de velocidad. Gallard me exigió el carnet; y no vi otra forma de solucionar el asunto que ofrecerle algún dinero.

Alzó los ojos y miró rectamente al policía.

—Sé que me he comportado como una chiquilla, pero... ¡estaba tan trastornada! El mal está hecho, pero estoy dispuesta a cargar con la responsabilidad. Visitaré a Dupont, cargaré con todos los gastos, y aceptaré las consecuencias. No hay otra solución, aunque ello dé al traste con mis ilusiones de ser alguien en política —declaró, decidida.

Así que todo había sido el resultado de una absurda casualidad. ¿Por qué había llegado a sospechar que Gisèle pudiera haber atropellado a Dupont a propósito?

Bastaba contemplar a aquella mujer, toda sinceridad, para comprender que no se encontraba ante una criminal.

—Confieso que estuve a punto de ponerme al habla con mi amigo Saint-Paul, con el fin de obtener su ayuda y su protección —dijo ella, luego—. Pero deseché la idea, porque comprendí que no era justo que él expusiese su carrera por mi causa. Afrontaré yo sola las consecuencias.

Du Naille se sentía incómodo, confuso. Al fin y al cabo, *madame* Cambert sólo era culpable de un acto de negligencia. Pero había llegado a aquella situación, impulsada por sus ilusiones políticas.

—Hablaré con Dupont —dijo, al fin—. El será comprensivo, y

supongo que se avendrá a dejar las cosas tal como están.

Giséle vino, veloz, hasta él, y le tomó impetuosamente las manos.

—¡Charles! ¿Quiere..., quiere decir que no van a detenerme, que no me procesarán, que no tendré que verme envuelta en un escándalo? —exclamó, incrédula.

Su cuerpo, tan próximo, exhalaba una fragancia turbadora, inquietante.

—Bueno..., creo que es Dupont, en definitiva, quien debe decidir. Pero mi amigo es un hombre generoso y nada rencoroso. Creo que podré convencerle de que todo fue un desgraciado accidente.

—Mon Dieu, si pudieran arreglarse las cosas. Le estaría eternamente agradecida, Charles —exclamó ella, apasionadamente.

Du Naille se apartó unos centímetros, porque el bello cuerpo, tan cercano, de Giséle, suponía una poderosa tentación para él.

Pero la mujer, dominada por la emoción, retenía sus manos y el penetrante aroma que brotaba de sus cabellos alborotaba los sentidos del policía.

—Por Dios, *madame*, no vale la pena. Creo que todos debemos ofrecer nuestra ayuda a quien se encuentra en un aprieto —protestó él, advirtiendo que la punzada del deseo le hería más y más profundamente.

—No diga eso, Charles. En realidad, no sé cómo demostrarle mi gratitud. ¿Cómo podría agradecerle cuanto está dispuesto a hacer por mí? —exclamó ella, con los bellos ojos azules húmedos aún de lágrimas.

Charles, sin voluntad, posó sus manos en la cintura de la mujer y la besó sin poder contenerse.

Y, al fin y al cabo, se comprobó que Giséle *sí podía* demostrarle definitivamente su gratitud.

* * *

Du Naille abandonó muy tarde la residencia de *madame* Cambert.

Giséle, apoyada en su brazo, le acompañó hasta la puerta. Y parecía radiante de felicidad.

Al fin, cuando Du Naille se disponía a salir, se volvió bruscamente hacia la mujer.

—Giséle —dijo—, ¿qué responderías si te dijese que deseo echar una ojeada a tu garaje?

Ella enarcó una ceja, perpleja.

A pesar de todo, sonrió encantadoramente y exclamó:

—Respondería que puedes hacer lo que quieras en esta casa, porque te debo mucho. Sin embargo, ¿por qué ese capricho, a hora tan intempestiva?

El gesto serio del policía se transformó en una sonrisa indefinible.

—Olvidalo —rogó—. Era una broma estúpida.

—Vuelve pronto, Charles. Te echaré de menos —dijo ella, agitando una mano desde el porche.

Charles hizo otro tanto, y abandonó la villa.

Todavía tardaría en descansar aquella noche.

CAPÍTULO IX

Charles puso la mano sobre el revólver, al escuchar el apagado siseo.

Más allá del «Alpine» había un pequeño «Morris» color rojo.

Charles apenas podía distinguir una mancha más clara dentro del vehículo, situado en la zona más sombría del paraje, al pie de los muros del *cottage*, propiedad de Gisèle Cambert.

¿Una trampa, un nuevo atentado?

Aunque forzó su vista al máximo, no consiguió establecer si dentro del «Morris» se encontraban una o varias personas.

Pero el siseo volvió a producirse, y Charles se agitó, inquieto. Sacó el revólver, lo dejó sobre el asiento de la derecha y dio al contacto. Tras lo cual metió la primera velocidad, y torció el volante para maniobrar.

Arrancó velozmente, dio la luz larga y frenó delante del pequeño coche, de forma que los faros del «Alpine» iluminaran perfectamente a las personas que ocupaban el «Morris».

No había más que un ocupante.

Una jovencita de unos dieciocho años, de cabellos largos y lisos, que apoyaba ambas manos sobre el volante.

Charles guardó su revólver en el bolsillo del chaquetón de piel que vestía, y bajó de su automóvil.

¿Qué deseaba aquella jovencita? ¿Se trataba, tal vez, de una de las jóvenes prostitutas motorizadas que empezaban a proliferar en París, a la caza de probables silentes?

Observó los alrededores, desconfiado, y luego se aproximó al «Morris».

—Es tarde para jugar al escondite, pequeña —reprobó, ceñudo—. ¿Qué es lo que pretende?

—Quiero ayudarle —fue la sorprendente respuesta.

Ah, vamos. Así que no se había equivocado: se trataba de una meretriz, y estaba insinuándose.

Verdaderamente, Du Naille no disponía de tiempo ya, aunque la muchachita bien valía la pena.

Tenía unos ojos oscuros muy bonitos, una frente despejada, una naricilla un tanto respingona, unos pómulos de terciopelo y una boca bien dibujada, de labios gordezuelos y frescos, sin pintar.

Por debajo del cuello, Du Naille advirtió un jersey muy prieto, que revelaba unos senos más bien pequeños, pero atractivamente erguidos.

Debía ser una gran actriz, la muy picara, pues su expresión era de notoria ingenuidad, e incluso parecía demostrar una cierta ansiedad.

—Lo siento, *mademoiselle* —dijo, cortés—. Pero es demasiado tarde, y tengo algo urgente que hacer.

—Le advierto que lo que tengo que decirle es muy interesante —insistió la joven.

—Supongo que sí. Y admito que un rato en su compañía sería muy agradable. Quizá otro día, ¿eh?

La expresión de la chica cambió. E incluso un destello malicioso brilló en sus expresivos ojos.

—Ah, comprendo. Me ha tomado por una fulana, ¿no? Siento decepcionarle si pensó eso. En realidad, lo que tenía que decirle guarda relación con Mohamed Mouffie —explicó ella.

Charles soltó una carcajada. ¿Así que había metido la pata?

—Bien, le pido disculpas, señorita...

—Gény Longchamp. ¿Quiere seguirme en su coche? Junto a la próxima estación de servicio hay un bar, que permanece abierto toda la noche. Tomaremos algo y hablaremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Vaya delante de mí —asintió Du Naille, perplejo.

Unos minutos después, estacionaban los vehículos en el aparcamiento próximo al bar-restaurant.

Charles vio bajar del «Morris» a Gény Longchamp, y aprobó, con un ademán de cabeza, su espléndida figura. Era delgada y esbelta, y caminaba rápida y ágilmente, contoneando graciosamente sus caderas.

Gény pidió un café, y Du Naille se conformó con un doble de

coñac tibio.

—No puedo creerlo —dijo Charles, tras observar detenidamente a la muchacha—. ¿Qué tiene usted que ver con Mouffie? ¿Cómo sabe que yo...?

—No tengo nada que ver con Mouffie —respondió la muchacha, bebiendo el café a pequeños sorbos—. Tengo que ver con Claude Délonge.

—¡Délonge!

¿No era Délonge uno de los tres físicos nucleares desaparecidos en París?

—Usted ha oído hablar de Claude Délonge, Du Naille —afirmó Géný—. Desapareció misteriosamente hace cuarenta días.

—Pero... No comprendo...

—Se lo explicaré todo. Claude y yo estábamos enamorados y vivíamos juntos. Hacíamos planes para contraer matrimonio en un futuro próximo y... ahora todo se ha complicado.

Se expresaba en un tono desesperado, pero ferviente.

Charles conocía algunos datos sobre Claude Délonge: un hombre joven, de treinta y cinco años, una lumbrera en el campo de la física nuclear, de personalidad políticamente avanzada, liberal, partidario de la justicia social y de cualquier otra conquista en el campo social.

—Usted mencionó a Mohamed Mouffie —dijo, luego, el policía—. ¿Qué es lo que sabe acerca de él?

Géný sacó un cigarrillo y lo encendió. Parecía muy cansada.

—Dos días antes de su desaparición, Claude me confió algo: dos hombres estaban vigilándole, siguiéndole constantemente. Indignado, finalmente, Claude abordó a los dos individuos cerca de nuestra casa...

Según Gerty, Claude era un deportista, un hombre saludable y forzado, que logró poner en fuga fácilmente a sus dos espías.

—Huyeron. Pero Claude encontró en el suelo un estuche de fósforos, casi entero: se le había caído del bolsillo a uno de aquellos hombres. Observó el pequeño estuche, y comprobó que era un reclamo publicitario de la agencia de viajes Mouffie, de Marsella.

Géný se había sentido desesperada cuando pasaron varios días y Claude no daba señales de vida. Visitó a la policía, y le dieron toda clase de seguridades acerca de la posibilidad de que Claude Délonge

fuera hallado rápidamente.

Pero los días pasaban y la desesperación de Géný, que amaba a Claude, fue en aumento.

—Trabajo en

Morton & Debussy,

Detectives, de París. Solicité la baja por un mes, y me fui a Marsella. Visité la agencia Mouffie, y solicité un empleo como mecanógrafa. Y el propio Mouffie me contrató. Sólo he trabajado allí ocho días. Tiempo suficiente, sin embargo, para comprobar las actividades ilegales de ese argelino. Estoy absolutamente segura de que la agencia Mouffie trasladó a Claude a un lugar no especificado de Hawitt.

—¿Cómo puede estar segura?

—Descubrí un sótano en las oficinas de la Mouffie. Vi unos bidones metálicos, que me infundieron sospecha, y comprobé que las tapas de aquellos recipientes eran practicables: el interior estaba acondicionado para recibir el cuerpo de una persona. Incluso existían respiraderos inteligentemente ocultos bajo los rótulos exteriores —declaró Géný.

—Es usted muy valiente —exclamó Charles, sinceramente impresionado—. Creo que consiguió más que nosotros, en relación con Mouffie.

—Fue en Marsella donde les conocí a ustedes, Du Naille y Dupont. Advertí que vigilaban sin descanso a Mouffie, y deduje que eran policías. Yo odiaba a Mouffie, y no confiaba demasiado en poder seguir disimulando mi estado de ánimo. Por eso volví a París.

—Bien. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Géný Longchamp le miró fijamente.

—No lo comprende, ¿verdad? ¡Yo sólo quiero encontrar a Claude, recuperarlo! Pero no dispongo de medios ni dinero para hacerlo —exclamó la jovencita, con pasión.

—Dijo antes que estaba segura de que Claude había sido trasladado a algún lugar del emirato de Hawitt, en el golfo Pérsico. ¿Cómo pudo saberlo? —indagó Du Naille.

—Consulté clandestinamente los libros-registro de la agencia Mouffie. El doce de setiembre se había realizado el envío a Hawitt de dos de aquellos bidones... ¡Y dos días antes fueron secuestrados Claude Délonge y Emile Brasseurs!

Los datos eran reveladores, en efecto. Pero Gény tenía algo más que decir.

—Por fortuna, Jean me ayudó mucho.

—¿Quién es Jean?

—Jean Longchamp, mi hermano. Es piloto de una empresa de reportajes aéreos y prospecciones geológicas, la compañía Air-Control. Por pura casualidad, Jean estaba realizando unos trabajos de prospección en el desierto, desde el aire. Me comuniqué con él, y le hablé de Claude y de todo cuanto sabía. Y se sintió muy sorprendido, tras nuestra conversación...

—¿Por qué? —La interrumpió Charles, vivamente interesado.

—Jean me contó que, días atrás, durante un *raid* fotográfico, había comprobado un raro fenómeno en la zona de Arb-El

Deraa. El veinticinco de setiembre, Jean descubrió y fotografió una rara y enorme construcción en forma de cúpula, que emergía de las arenas del desierto. Al día siguiente, voló sobre el mismo lugar, para comprobar su hallazgo —creía que se trataba de algunas extrañas ruinas de la antigüedad— y sólo encontró en aquella zona el desierto infinito. ¡La construcción en forma de gran cúpula había desaparecido!

—Y usted piensa que se trata de una base secreta —intercaló Charles.

—No lo sé... —confesó ella—. Pero parece muy extraño.

—¿Conserva Jean algún ejemplar de esas fotos?

—Sí. Es posible que, a estas horas, su envío se encuentre ya en el buzón de correos de mi casa de Glisy. Solicité a mi hermano que me enviara urgentemente unas ampliaciones.

Charles aplastó su cigarrillo sobre un cenicero, y miró a Gény.

—Aguarde un momento. Voy a hacer una llamada telefónica —se disculpó.

Tardó muchos minutos en volver.

Cuando se sentó en un taburete junto a la atractiva *mademoiselle* Longchamp, sus labios se plegaban en una sonrisa irónica.

—No sé cómo explicárselo, Gény. Pero mi jefe, el prefecto Saint-Paul, se empeña en casarnos —dijo.

—¿Casarnos? ¿Usted y... yo? —exclamó ella, estupefacta.

—Así es. Desde luego, se trata de un matrimonio sobre el papel

—la risa ponía chispitas doradas en los ojos de Du Naille—. Saint-Paul pretende que hagamos un viaje juntos a Hawitt.

—¿Qué clase de viaje?

—Un viaje de novios. Una almibarada luna de miel. Pero, en fin, veo que está sobre ascuas. Tranquilícese: no habrá tal matrimonio, pero nos entregarán un pasaporte a nombre de *monsieur y madame* Du Naille, recién casados en París, y dispuestos a gozar de una cálida luna de miel en Hawitt. Para todos, seremos un joven matrimonio que ha ganado un viaje al golfo Pérsico en un concurso de televisión. ¿Qué responde, está dispuesta?

La taza de café tembló en la mano de la muchacha e incluso unas gotas de líquido mancharon su ceñido jersey.

—Pero, yo... ¡no sé qué pensar! —murmuró, atolondrada.

—Seré más claro aún. A usted le interesa recuperar al hombre que ama, es decir, Claude Délonge. Y al Deuxième Bureau —a Francia— le interesa recuperar a dos de sus más importantes físicos nucleares, y, de paso, salvar su prestigio internacional y, tal vez, asegurar la paz mundial. Usted puede prestar un gran servicio a la República Francesa, Gény. Puede elegir libremente. Desde luego, aceptaríamos de buen grado una negativa por su parte.

Pero Gény Longchamp tenía el genio vivo y un carácter impetuoso que sorprendió al policía:

—Soy francesa y amo a mi patria, pero... amo mucho más a Claude Délonge. Acepto. Iré con usted.

Charles la miró con admiración.

Gény apenas era una muchacha y, sin embargo, parecía firmemente decidida a arriesgar su vida por sus ideales.

—Perfectamente —asintió Du Naille. Y dejó diez francos sobre la barra—. Vayamos a su casa, Gény. Recogeremos las fotos de su hermano, si es que han llegado, y después nos trasladaremos al Deuxième Bureau, donde, a estas horas, ya estará dispuesto nuestro pasaporte.

La tomó del brazo y abandonaron el bar-restaurante.

Quizá Du Naille estrechaba excesivamente aquel abrazo, porque, ya fuera, Gény intentó separarse del policía.

Pero Charles sonrió y la miró, irónico.

—Se supone que somos unos recién casados, ¿no? Por lo tanto, debemos ensayar para dar mía imagen de auténticos enamorados,

pequeña.

CAPÍTULO X

El avión de la Air-France tomó tierra en el aeropuerto de la capital Al-Hawati, a las dos de la tarde.

No era fácil pasar de los diez grados bajo cero de París a los treinta de Hawitt, en pocas horas.

Du Naille y Gény se habían visto obligados a adquirir en Argel un improvisado vestuario veraniego, durante la escala de una hora que el «jet» de Air-France rindió en la capital de Argelia.

En el aeropuerto de Al-Hawati hacía un calor denso, seco, asfixiante, que reseca pronto las fosas nasales de los extranjeros, poco habituados al cálido clima.

En las pistas había centinelas árabes que exhibían riquísima joyas en sus morenas manos y... modernísimas ametralladoras de marca desconocida.

También los funcionarios de aduanas mostraban sus manos llenas de sortijas y relojes de oro macizo.

Los trámites aduaneros llevaron una media hora. En el vestíbulo del aeropuerto, una azafata de Air-France ofreció a Gény un ramo de rosas blancas, y les deseó una feliz estancia, tras lo cual Charles se hizo cargo del «Cadillac» que la empresa Avis había depositado en el aparcamiento a su disposición.

Por una carretera que pasaba junto al puerto de Hawitt, llamado Zhudrikh, llegaron a Al-Hawati, y se alojaron en el hotel Aid As-Amanrrah.

Apenas acababan de ocupar la *suite* nupcial, cuando alguien llamó a la puerta.

Charles fue a abrir, y entregó una propina al joven kuwaití que dejó los equipajes junto a la puerta.

—Voy a darme un baño —anunció Charles, que sentía sus

vestidos empapados en sudor. Y penetró en el lujoso cuarto de aseo.

Todavía estaba sumergido en la bañera de mármol, cuando un penetrante alarido hendió los aires.

—¡Gény! —exclamó Charles, alarmado. Y se ciñó urgentemente una toalla a la cintura, tomó su revólver y salió, dejando un reguero de agua tras sí.

Gény yacía boca abajo sobre la carísima alfombra persa del salón. Su rostro estaba palidísimo, y sus cabellos caían, sedosos, sobre la mitad de su rostro.

¿Qué estaba ocurriendo?

Charles lo supo enseguida: un silbido resonó a su derecha.

La serpiente —un áspid de Cleopatra— reptaba a los pies de Gény.

A pesar de su reciente baño, Charles notó que el sudor ardiente resbalaba desde su frente.

Tragó saliva, angustiado. ¿Había inoculado el áspid su mortífero veneno a la pequeña Gény?

Más allá, sobre una silla, estaba una de las maletas, abierta.

La serpiente silbó de nuevo, cuando Du Naille se desplazó a la derecha. Alzaba su pequeña cabeza amenazadoramente, al tiempo que su lengua bífida se agitaba en el aire.

Charles movió la mano derecha armada con el revólver, y el reptil atacó. Después... fue muy fácil. En un rápido movimiento, Du Naille agarró a la serpiente por el cuello, inofensiva ya.

Acercó la cabeza del áspid a la blanca gasa de las cortinas, y el animal hincó sus colmillos y la verdosa mancha del veneno empapó el tejido.

Un leve gemido le movió a volverse. ¡Gény volvía en sí!

—¡Oh, Charles! —sollozó ella—. ¡Ese horripilante bicho...! Abrí la maleta y... ¡le vi a pocos centímetros de mi cara! No sé qué pasó. Creo... que debí desmayarme.

—Así fue —confirmó Du Naille—. Afortunadamente, este bichito no llegó a morderte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gény, temblando de espanto.

Du Naille señaló la mancha verde sobre la cortina.

—Ha dejado su veneno ahí. Y esa mancha no existiría ahora, si te hubiera mordido —explicó Charles.

—Charles, ¡tengo miedo! —exclamó sin atreverse a acercársele

—. Alguien debió meterla en la maleta.

—No temas, el áspid es ahora inofensivo, pues sus glándulas están vacías de veneno, y pasarán muchas horas antes de que vuelvan a llenarse. Sin embargo, creo que podremos hacer algunas averiguaciones.

—¿Qué estás pensando?

—Aguarda —pidió Charles. Y fue al teléfono, y habló brevemente con la telefonista.

Cuando hubo terminado, explicó a Gény:

—He pedido que venga el chico que trajo nuestras maletas. Y me han prometido que estará aquí en pocos minutos.

No se equivocaba. Un momento después, llamaron a la puerta.

Charles la abrió de golpe, agarró al muchacho por un brazo, lo introdujo violentamente en la habitación, y volvió a cerrar.

El chico lanzó un gemido cuando Du Naille aproximó la cabeza del reptil a su rostro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el policía.

—Brahim, señor. ¡Pero...!

—Brahim, voy a ser muy breve. Alguien manipuló en nuestras maletas en el trayecto desde el vestíbulo del hotel a esta habitación. Si no me dices la verdad, aproximaré la serpiente a tu rostro. Morirás en pocos minutos, y jamás gozarás del paraíso de Allah.

—¡No! —gimió el mozalbete—. ¡Se lo ruego! ¡Apártelo de mí!

—Hablarás, supongo.

—Sí... —jadeaba estertorosamente, sin perder de vista al inofensivo reptil—. Fue Har-Salem, el conserje. Me detuvo cuando iba hacia el ascensor con las maletas. Dijo que tenía que inspeccionar su equipaje, y se llevó las maletas al almacén de conserjería. Poco después las devolvió, y me dijo que podía traerlas a esta habitación.

Charles le miró fijamente. El chico parecía sincero. Y además, estaba muerto de miedo, era evidente.

Puso unos billetes en su bolsillo, y dijo:

—Creo que lo mejor, para ti, será despedirte del hotel ahora mismo, sin hablar con Har-Salem. Con ese dinero, puedes vivir durante más de un mes.

Soltó a Brahim, y el chico huyó como un conejo asustado, dejándose la puerta abierta.

Seguidamente, Charles se trasladó al cuarto de baño, arrojó el reptil al inodoro, y vació el depósito de agua, con lo que el áspid desapareció, engullido por las aguas.

Cuando se reunió con Gény, estaba pulcramente vestido con un traje azulado, fresco y cómodo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, inquieta, adivinando que el policía se disponía a salir.

—No te muevas de aquí, ni abras a nadie que no sea yo. Volveré enseguida —respondió. Y salió al pasillo.

Estaba dispuesto a entrevistarse con Har-Salem, el conserje del hotel. Por supuesto que si el conserje había puesto el venenoso reptil en la maleta, no se sentiría muy decidido a subir a la *suite* nupcial, si le llamaba desde allí.

Pero Charles sabía cómo arreglar las cosas en su provecho. Caminó por el pasillo, y pulsó el timbre de la habitación 121.

Una obesa señora con los rojizos cabellos llenos de rulos abrió la puerta. Charles penetró sin perder el tiempo, y cerró la puerta a sus espaldas.

—Discúlpeme, señora —se excusó—. El teléfono de mi habitación no funciona. Supongo que no le importará que utilice el suyo.

Ya había descolgado el auricular cuando le siguió la señora de los rulos, mascullando algunas gangosas frases en inglés.

—Tranquílcese —habló Du Naille, en su mismo idioma—. Es una simple llamada. No la molestaré mucho.

Dio su recado a la telefonista: era necesario que subiera el gerente, puesto que en la habitación 121 acababa de descubrir... chinches.

—Oh, estos franceses —murmuraba la buena señora de los rulos—. *Toujours* tan impetuosos e... incomprensibles.

Dos minutos después, llamaron a la puerta. Charles indicó a la señora que podía abrir, y se situó contra el muro.

Un árabe de unos cuarenta años, vestido a la europea, penetró en la habitación, e inmediatamente, Charles cerró la puerta y colocó el cañón de su revólver contra la nuca del conserje.

—Mi querido Har-Salem, no sea tímido. ¡Adelante! Entre —invitó burlonamente el policía.

Un culatazo en el cráneo arrojó al árabe rodando sobre la

alfombra. Y cuando trató de incorporarse, el cañón del revólver de Du Naille acariciaba su nariz.

—Jugada por jugada, Har-Salem —dijo Charles, en un murmullo—. Dos avispas de plomo a cambio de un áspid de Cleopatra.

—¡No..., no dispare, por favor! —gimió el otro, aterrado—. No soy... culpable. Me vi... obligado a hacerlo.

—¿Quién le obligó?

—El coronel Ben

El-Kuri

—el sudor corría, abundante, por el moreno rostro del conserje.

—¿Quién es

El-Kuri?

—El jefe de policía. Me... amenazó de muerte si no cumplía sus órdenes —confesó Har-Salem.

—Esto parece una cadena sin fin —pensó Du Naille—. Primero el pequeño Brahim, ahora Har-Salem, después

El-Kuri.

¿Dónde estará el último eslabón?

La vieja señora yanqui de los cabellos rojizos apresados en rulos les observaba, demudada, desde la puerta entreabierta de su alcoba.

—¿Cuál fue, exactamente, el encargo del coronel

El-Kuri?

—preguntó Du Naille, rozando con su revólver la frente del árabe.

—Me obligó a introducir el áspid en una de sus maletas. Dijo que uno de sus hombres subiría a la *suite* nupcial después... ¡No sé más, por Allah!

Charles no perdió el tiempo. Acababa de saber que el coronel

El-Kuri

pensaba enviar a sus policías a la *suite* nupcial y... ¡Gény permanecía allí, sola e indefensa!

Har-Salem cayó rodando por el suelo, con la cabeza ensangrentada de un feroz culatazo, y Charles salió al pasillo, mientras la norteamericana de los rulos chillaba como una gata en celo, a sus espaldas.

Voló materialmente por el ancho pasillo y... ¡fue a dar de bruces contra el árabe que empujaba a Gény por un brazo!

No estaban las cosas para andarse con miramientos, y Charles obró de forma contundente: un golpe con el canto de la mano en el

labio superior del policía desorbitó los ojos del árabe, que rodó sobre el suelo.

—¡Charles, al fin...! —musitó Gény. Y se dejó arrastrar pasillo adelante, por Du Naille.

Corrieron hasta el recodo, jadeantes. Charles tenía su revólver empuñado, y estaba dispuesto a usarlo, si hacía falta.

Pero no fue necesario. Más allá del recodo, estaba el ropero.

Penetraron en él, y Charles se asomó a la ventana, que daba sobre un patio de luces.

—Estamos en la planta cuarta —dijo—. Será difícil salir de aquí, pero... ¡echa el cerrojo! Y ayúdame con esas sábanas.

Tomaron, a montones, las sábanas de los estantes, las desplegaron y comenzaron a unir las con nudos unas con otras.

Ya pendía en el exterior la improvisada cuerda de salvación cuando, desde el pasillo, llegó el rumor de órdenes destempladas y rápidas carreras.

—¡Registren todas las habitaciones! —gritó una voz autoritaria—. ¡No han tenido tiempo de escapar!

—Yo bajaré primero —susurró Du Naille al oído de Gény—. Si la escala resiste mi peso, también resistirá el tuyo. Y si no...

Gény le vio traspasar ágilmente el antepecho de la ventana y desaparecer en el vacío.

En el pasillo, los gritos, las voces autoritarias y los salvajes portazos resonaban muy próximos.

Gény se mordió los labios, indecisa.

Finalmente, apoyó un pie en los estantes y ganó la ventana. No quiso mirar abajo, temerosa de sentirse vencida por el vértigo.

Firmemente afianzadas sus manos en los nudos de la escala, comenzó a descender.

Los fuertes brazos de Du Naille la recibieron abajo, y Gény dejó escapar un suspiro de alivio.

Pero Charles no le permitió el menor descanso. La tomó de un brazo y la arrastró sin delicadeza en pos suyo.

Atravesaron un almacén, cruzaron las cocinas, corrieron por un pasillo y... se encontraron en la calle, cegados por el sol.

Gény sentía su respiración alborotada y sus piernas comenzaron a negarse a proseguir la salvaje carrera. Pero Du Naille tiraba con fuerza de ella, y la guiaba a través de las callejuelas.

A las tres de la tarde, el sol caía, implacable, sobre sus cabezas, y las calles aparecían desiertas.

Ya se aproximaban a una esquina cuando un automóvil apareció ante ellos, y les cortó el paso con un chirrido de frenos.

Sintiéndose atrapado, Du Naille alzó su brazo derecho armado, lo apoyó sobre la mano izquierda, y se dispuso a disparar contra el coche.

—¡Por amor de Dios, Charles, no dispaes! ¡Es Jean, mi hermano! —gritó Gény. Y se abalanzó sobre él con tanto ímpetu, que ambos rodaron sobre el polvo.

CAPÍTULO XI

A las once de la noche, Jean detuvo el *jeep*.

—¿Estás seguro de no haberte equivocado, Jean? —preguntó Du Naille, desalentado.

—Éste es el sitio —asintió Jean Longchamp, que había encendido una linterna y consultaba un mapa y varias fotografías—. Ahí está la cordillera.

En efecto, hacia el norte se divisaba la línea oblicua de una cadena de elevaciones de escasa altura. Se trataba de unas colinas rocosas, áridas y abruptas, que se perdían hacia el sudeste.

Aparte de aquella elevación del terreno, el resto era llano como la palma de la mano.

Arena, fina arena blanquecina, siempre arena.

—No veo nada —confesó Du Naille—. A pesar de que la noche es clara, y es fácil la visión.

—Ya os lo dije —respondió Jean—. A mí también me intrigó. Pero tú ya has visto las fotografías de esa construcción en forma de cúpula. No hay duda que se trata de una especie de fortificación de hormigón. Pero ha desaparecido.

—No es lógico —susurró Gény—. ¿Cómo puede desaparecer algo tan sólido? Según las fotos, la cúpula de hormigón mediría más de doscientos metros de diámetro, ¿no es verdad, Jean?

—Así lo he calculado —afirmó su hermano.

Permanecieron en silencio durante un rato, absortos en la contemplación de la blanca llanura sin fin.

Habían llegado hasta allí en el *jeep* de Jean, que había conducido a escasa velocidad y sin luces, con el fin de evitar ser detectado por posibles espías ocultos.

Habían recorrido el desierto, en dirección paralela a la

cordillera, desde el anochecer.

Por desgracia, sin encontrar nada más que el horizonte sin fin del desierto.

Du Naille se sentía chasqueado. Todos los indicios parecían indicar que las fotografías tomadas desde el aire por Jean Longchamp correspondían a algo semejante a un laboratorio o base secretos.

Pero lo cierto es que, en la inmensa vastedad del desierto, no aparecía nada similar.

Se disponían ya a volver, cuando escucharon aquel sordo rumor.

—Parece... como si algo vibrara de un modo potente, en las profundidades —dijo Gény, atenta.

Inmediatamente, y a unos trescientos metros de distancia, entre las dunas, surgieron cegadores surtidores de arena.

Las partículas se elevaban asombrosamente a más de diez metros, y el suelo trepidaba y se movía de forma impresionante.

Jean, Gény y Charles asistieron, mudos de sorpresa, al incomparable espectáculo.

Masas de arena se elevaban y bullían por doquier, y un polvo denso y asfixiante flotaba en el ambiente.

Poco a poco, fue insinuándose, en el epicentro de aquel curioso movimiento vibrador, algo semejante a una cúpula.

El ruido era ensordecedor e incluso el *jeep* vibraba violentamente sobre sus ballestas.

—¡Es fascinante! —exclamó Gény, entre admirada y miedosa—. ¡Está ahí! ¡La cúpula parece emerger entre las arenas!

—Retrocede, Jean —indicó Du Naille—. Si se trata de lo que supongo, dentro de unos minutos podrían descubrirnos.

El zumbido del motor del *jeep* pasó desapercibido. Luego el vehículo se puso en marcha y retrocedió más de doscientos metros hasta hundirse entre dos dunas, parcialmente oculto por la arena.

Charles saltó del vehículo, se aplastó al borde de la duna que les cubría, y enfocó sus prismáticos.

A través de las lentes, descubrió la gran hondonada cónica que se había abierto sobre el desierto. Y en mitad de aquella especie de trampa de «hormiga-león» se erguía la circunferencia de la construcción en forma de cúpula.

Unos extraños filamentos metálicos emergían aquí y allá sobre la

gigantesca concha de hormigón.

—¿Qué? —El suave aliento de Gény rozó las mejillas de Du Naille.

—Es lo que suponíamos. Una base secreta —respondió.

—Pero... ¡ese impresionante movimiento de las arenas! —exclamó ella.

—Supongo que lo consiguen insuflando aire comprimido a gran presión sobre el relleno. Los granos de arena, impulsados con fuerza, son lanzados lejos de esa cúpula —explicó Du Naille.

—Verdaderamente inteligente —comentó Jean, próximo a ellos—. Durante el día, el viento del golfo impulsa la arena y oculta esa cúpula. Y al llegar la noche, ponen en marcha el aire comprimido para aprovisionarse de oxígeno y trabajar en la impunidad.

—Eso es lo que creo —respondió Charles, volviéndose a él—. En cuanto a mí, sólo queda una posibilidad: realizar una visita de inspección.

—Por supuesto, yo te acompaño —se ofreció enseguida el hermano de Gény.

—Y. yo —afirmó voluntariosamente la jovencita.

—No —denegó Charles—. No sabemos lo que encontraremos... ahí, pero estoy seguro de que resultará muy peligroso. Debes quedarte aquí, Gény. Y en cuanto adviertas el menor peligro, deberás subir al *jeep* y alejarte a toda velocidad.

—Lo siento —exclamó ella, decidida—, pero sé que pasaré menos miedo en vuestra compañía que permaneciendo aquí sola. Iré con vosotros.

—Por favor; Charles. Llevémosla con nosotros —rogó Jean.

Du Naille dejó escapar una carcajada.

—No hay quien pueda contigo. Eres toda una aventurera —dijo. Pero Gény le miraba seriamente.

—No me gusta exponerme tontamente —explicó—. Lo hago por Claude. Tal vez, él se encuentra prisionero en ese lugar. ¡Temo tanto por él...!

Charles disimuló una mueca amarga. Aunque no pudiera explicárselo de forma convincente, le dolía el hecho de que Gény demostrase un amor tan profundo por Claude Délonge.

Viente a tierra, abandonaron la hondonada entre las dunas, y avanzaron despacio reptando sobre la arena.

La brisa soplaba y las partículas rocosas penetraban en sus ojos y en su nariz, dificultando la respiración.

Luego, poco a poco, fueron percibiendo más próximo aquel sordo rumor. Era como el zumbido de motores, de maquinaria poderosa, allá en las profundidades de la tierra.

Finalmente, Charles, que avanzaba en cabeza, apoyó su vientre sobre la sólida superficie de hormigón.

—Parece un respiradero —murmuró, señalando el cilindro metálico que se alzaba sobre el firmamento.

—Sí —siseó a su oído Jean—. Huele a humo de gasolina.

—No veo ningún lugar por dónde poder entrar... excepto ese respiradero. Por otra parte, el tubo es ancho. Si somos capaces de aguantar los gases de escape, tal vez podríamos deslizarnos por ahí, sirviéndonos de una de estas cuerdas de nylon.

—Vamos —susurró Jean, animoso.

Du Naille escaló fácilmente la pendiente y aguardó, junto al tubo metálico, la llegada de sus compañeros.

La resistente cuerda de nylon fue atada al respiradero, y Du Naille desapareció a través de la ancha boca de un metro de diámetro.

A medida que descendía por el cilíndrico hueco, el lejano rumor fue aumentando de volumen notablemente.

Abajo se distinguía luz y el estrépito de un colosal motor. De pronto, sus pies tocaron algo sólido, y Charles se encontró en una amplísima nave, ocupada por un gigantesco motor-generator de quince metros de *bascada*.

Muy cerca, un hombre vestido de uniforme que consultaba un cuadro eléctrico se volvió, le vio, lanzó un juramento y bajó la mano a la pistola que colgaba de su cinturón.

Fue el salto más espectacular de su vida. Charles botó sobre sus pies, se dio impulso en tres pasos y hendió el aire como un dardo.

Su cráneo golpeó como un ariete el rostro del mecánico. Y el hombre se desplomó sin un grito y quedó inmóvil, con las facciones bañadas en sangre.

Charles se incorporó, indemne, y se volvió hacia el cono del respiradero para auxiliar a sus amigos.

Fue en aquel momento cuando el cañón de una metralleta se incrustó dolorosamente en sus riñones, y una voz fría y áspera

indicó:

—*Arrêtez-vous*. No se mueva o le parto en dos pedazos, amigo mío.

El cigüeñal del poderoso motor giraba lentamente, muy próximo.

CAPÍTULO XII

A Gény se le heló la sangre en las venas.

Acababa de poner sus pies sobre piso firme. Y allí estaba aquel individuo de uniforme, con las oscuras facciones tensas y el dedo índice apoyado sobre el gatillo de su ametralladora.

No lo pensó siquiera. Obró de forma refleja.

Su pie impulsó con fuerza la lata de aceite, y el recipiente se elevó en el aire, golpeó el rostro del hombre que empuñaba la metralleta, y éste dejó escapar un grito de sorpresa, cayendo de espaldas.

La polea que unía el cigüeñal del motor con el enorme alternador eléctrico golpeó a aquel individuo en el cráneo, de forma escalofriante.

Jean llegó en aquel momento. Y, de un vistazo, adivinó lo sucedido.

—Desnuda a éste —dijo Du Naille, como si nada hubiera ocurrido—. Y ponte su uniforme. Yo haré otro tanto con ése —y señalaba al individuo alcanzado por la polea del gigantesco cigüeñal.

Mientras los dos hombres estaba dedicados a aquella tarea, Gény se inclinó y recogió del suelo la metralleta.

Jamás había utilizado un chisme semejante, pero la joven estaba segura de que, en caso de necesidad, sería capaz de disparar.

Entretanto, Du Naille y Jean Longchamp habían cambiado sus ropas por los uniformes de los árabes, y arrastraban los cuerpos de éstos hasta un foso próximo.

—Seguidme —susurró Du Naille, tomando la metralleta de manos de la mujer.

Había una puerta metálica al fondo de la sala de máquinas. La

abrieron y avanzaron con precauciones a lo largo de un amplio pasillo iluminado.

Había rótulos en caracteres arábigos sobre las puertas que se abrían a izquierda y derecha.

—Central eléctrica, polvorín, enfermería, guardia, bodega, comedor —iba traduciendo Jean, que conocía el árabe.

—¿Qué es eso? —preguntó Du Naille, señalando una enorme puerta, dotada de hojas correderas de acero.

—Hangares —leyó Jean.

Charles oprimió la palanca del cuadro eléctrico, y las puertas se descorrieron silenciosamente.

Un enorme hangar se ofreció ante ellos.

—Tres carros de combate, varios vehículos-oruga, dotados de ametralladoras de gran calibre, cinco camiones y seis *jeeps* —dijo Du Naille en un susurro.

—¿Qué te propones? —preguntó Jean, viéndole avanzar entre los vehículos blindados.

—Poca cosa. Voy a inutilizar todos estos armatostes —rió—. Podéis ayudarme, si queréis.

—Pero ¿cómo? —inquirió Gény, inquieta.

—Es muy fácil: basta con levantar las tapas de los motores y destrozar los delcos y arrancar los terminales de las bujías. Ningún vehículo podrá moverse de aquí —explicó.

Hicieron el trabajo rápida y eficientemente. Y cuando terminaron, salieron al pasillo y accionaron el motor que cerraba las puertas de acero.

Siguieron adelante, deslizándose como sombras pasillo adelante. Torcieron un recodo, recorrieron docenas de pasillos, y al fin se detuvieron ante otra enorme puerta de acero.

Al otro lado se oía el rumor de las voces de varias personas.

—¿Qué pone ahí? —preguntó Du Naille, volviéndose a Jean.

—«Zona de experimentos, Laboratorio» —tradujo el hermano de Gény.

Examinaron el muro y la puerta, pero no encontraron ningún mecanismo que les permitiera franquear la entrada.

—Hacia la derecha —siseó Gény—. Hay una escalera y se percibe un extraño resplandor.

Ascendieron lentamente los peldaños, y accedieron a un pasillo

elevado. Más allá se veía una enorme cristalera circular.

Avidos por averiguar qué ocurría al otro lado, llegaron hasta las vidrieras y contemplaron el gran laboratorio, situado en el centro de la base.

Cinco personas que vestían uniformes blancos, semejantes a los utilizados por los sanitarios, manipulaban en extraños aparatos o realizaban cálculos sobre las modernas mesas de trabajo.

—¡Claude! —exclamó Gény—. ¡Es él, está allí!

Charles puso una mano sobre los hombros de la mujer, y la sintió vibrar, llena de ansiedad.

Así que aquél era Claude Délonge...

Era joven, sí. Y bien parecido.

Un hombre guapo y atlético, que parecía dirigir las investigaciones del laboratorio, a juzgar por su actitud autoritaria: se le veía moverse constantemente de un lugar a otro, supervisar los trabajos, impartir órdenes.

—Más que un prisionero, parece el director de todo este tinglado —pensó el policía francés.

Délonge estaba ahora hablando —se adivinaba por sus gestos, puesto que los gruesos cristales no permitían oír sus palabras— con un hombre de cabellos grises, casi blancos, de unos sesenta años de edad.

—¿Qué esperamos? —gimió Gény—. Tenemos que hacer algo por Claude, ¡debemos liberarlo!

—Cálmate, pequeña. Vamos a intentar romper uno de estos cristales y penetrar en el laboratorio. Apartaos —ordenó.

Sacó de sus bolsillos un pedazo de explosivo plástico, lo adaptó hábilmente al marco de la cristalera, e incrustó los cortos terminales de un mecanismo electrodetonador en la masa del explosivo.

Rodaba ya violentamente sobre el piso de hormigón, cuando resonó la explosión.

Los fragmentos de grueso vidrio saltaron, pulverizados, y el marco metálico se desgajó.

—¡Abajo, Jean! —gritó Du Naille, poniéndose en pie de un salto.

Con la metralleta en bandolera, pasó a través del agujero, saltó como un mono sobre una plataforma elevada, y se dejó caer.

—¡Arrójense al suelo! —gritó estentóreamente—. ¡Rápido o disparo!

Cinco hombres se volvieron hacia él y le miraron, incrédulos. Pero obedecieron, veloces, al escucharse la primera ráfaga de la metralleta que empuñaba Du Naille, cuyos proyectiles horadaron la cúpula.

Detrás de él, Jean y Géný cayeron rodando por el suelo.

—¡Claude, amor mío! —gritó la joven, en cuanto logró ponerse en pie. Y corrió, desalada, hacia Claude Délonge, abrazándose desesperadamente a él.

Charles desvió la mirada.

No quería ver cómo Géný abrazaba y besaba al atleta de cabellos rubios y ojos grises; no quería ser testigo de aquella tierna escena de amor.

Se limitó a cubrir con su metralleta los tendidos cuerpos de los cuatro hombres que habían obedecido su orden, y se acercó al anciano de los caballos blancos.

—Usted debe ser el profesor Emil Brasseurs, ¿me equivoco? —exclamó.

—¿Quién es usted? —preguntó el anciano, girando el cuello—. ¿Cómo puede conocerme?

—Levántese. No tiene nada que temer, profesor. Soy Du Naille, del Deuxième Bureau. Estoy aquí para llevarle conmigo. Y también al profesor Délonge —anunció.

Tendió una mano a Brasseurs, y le ayudó a incorporarse.

—No se fíe —susurró el anciano—. Usted no conoce la verdad. ¡Está en peligro de muerte!

—Vamos, amigo mío; no delire. Comprendo que casi dos meses de cautiverio le hayan desequilibrado un tanto. Pero yo le sacaré de aquí, de una u otra forma —trató de tranquilizarle.

Pero Brasseurs parecía cada vez más excitado. Sus dedos temblaban, y su mirada reflejaba el pánico.

—Escuche, debo decírselo antes de que sea tarde. Délonge...

—Bien. Le escucho. ¿Qué pasa con Délonge? —preguntó Charles.

—Délonge es... —murmuró el anciano Y no pudo decir más.

De repente, Du Naille notó que la metralleta le era arrancada salvajemente de entre los dedos.

Segundos después, algo muy contundente se estrelló contra su cráneo, y le envió rodando sobre el pavimento.

Volvió en sí unos minutos más tarde.

Sentía un horrible dolor de cabeza y sus rubios cabellos estaban impregnados de sangre.

Las luces del laboratorio bailaban en sus retinas. Pero luego su visión fue fijándose, y el rostro del guapo Claude Délonge apareció ante sus ojos.

Claude tenía la metralleta entre sus dedos, y le encañonaba, sin perderle de vista.

Más allá, estaban Géný y Jean Longchamp.

Las facciones de Géný habían perdido el color, y sus ojos oscuros expresaban una mezcla de indescriptible asombro y decepción.

—¡Vamos, Délonge! —rugió Du Naille—. ¡Aparte esa metralleta! No hay tiempo que perder.

Claude sonrió, cínicamente.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo, *monsieur* Du Naille. Por desgracia, no es ése su caso. Va a morir ahora mismo —expresó con lentitud.

—Pero... ¡está loco! ¿No se da cuenta de que estamos arriesgando nuestra vida por usted y Brasseurs? —gritó el policía, encolerizado—. No tiene nada que temer. Vamos a llevarnos con nosotros a usted y al profesor Brasseurs, ¿no lo comprende?

Délonge movió la cabeza negativamente.

—Se equivoca, Du Naille. Usted no va a llevarme a ningún sitio —afirmó con voz helada.

—Intenté decírselo, Du Naille —susurró Brasseurs, que yacía, maltrecho, a unos pasos de distancia—. Délonge no es quien usted piensa.

—No lo entiendo —respondió Charles, sin perder de vista el cañón de la metralleta que Claude le había arrebatado.

—Seré claro, amigo mío: Délonge *finjió su propia desaparición*. En pocas palabras: él es el director de este centro de experimentación atómica, destinado a obtener proyectiles nucleares...

Claude se apartó unos pasos y, de una patada en el pecho, obligó a callar a Brasseurs, que dejó escapar un gemido y quedó inmóvil sobre el pavimento.

—¡No se moleste, querido colega! —exclamó Délonge, irónico—. Yo mismo se lo explicaré a Du Naille.

Charles escupió en el suelo.

—No se esfuerce, amigo. Adivino que se ha vendido al oro de los árabes. Pero hable, si ello le sirve de desahogo.

—No tiene razón, Du Naille —las facciones del científico estaban tensas, y sus ojos despedían un brillo incierto—. No me vendí al oro árabe, como usted dice: *fui yo quien planeó todo esto*.

—¿Quiere decir que usted organizó esta base, con el fin de obtener proyectiles nucleares para los árabes? —exclamó Du Naille, incrédulo.

—Sí. A pesar de mi apariencia europea, mi padre era un árabe. Los franceses le ejecutaron en Argelia, cuando yo era apenas un niño. Juré entonces que algún día le vengaría. Y ahora estoy a un paso de conseguirlo. Por eso me ofrecí a los árabes. Yo podía obtener para ellos la energía atómica destructiva suficiente.

—No comprendo. ¿Por qué, entonces, ordenó secuestrar al profesor Brasseurs y al americano Handstrong?

—Es fácil: con su ayuda, lograríamos acelerar mucho el proceso de fabricación de los proyectiles nucleares. Y ahora estoy a un paso de conseguir la experiencia final —confesó Délonge, triunfal.

—Pero Handstrong murió...

—Un lamentable incidente. A cambio, he conseguido la ayuda de un científico soviético y dos ingleses. No tengo que explicarle los medios de qué me he valido para traerlos aquí. No vinieron por su voluntad, desde luego.

Du Naille miró a los tres hombres vestidos con uniformes blancos, que aguardaban en el centro del laboratorio, temerosos y expectantes.

—Creo que usted está loco, Délonge. No sólo ha llevado a cabo varios crímenes: ha traicionado también a su patria —dijo despectivamente el policía.

—No sea estúpido, Du Naille. ¿Qué importa todo eso, si tengo en mis manos el poder y la gloria? Dispongo de todos los medios apetecibles, y puedo utilizar el oro a manos llenas.

Charles señaló a Gény, que contemplaba la escena, pálida y demudada.

—¿Tampoco le importa ella? Me refiero a Gény Longchamp.

Délonge dejó escapar una carcajada.

—¿Ella? No, amigo mío. No me importa mucho más que usted

mismo. Gény es una tonta sentimental, que todavía cree en el amor y en la fidelidad eterna. En verdad, no tengo nada contra ella, pero debo reconocer que su presencia aquí me está contrariando mucho —confesó el científico.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Charles, que respiraba afanosamente, tratando de recuperarse.

Délonge se apartó dos pasos. Y sonrió.

—Voy a matarle, Du Naille.

Su dedo índice se plegó sobre el gatillo de la metralleta.

Charles entornó los párpados, dispuesto a morir.

Se oyó un grito.

Gény se abalanzaba sobre Claude Délonge, y se arrojaba a sus pies, sollozante.

—¡No, por favor, Claude! ¡No puedes hacerlo! Sería... un crimen imperdonable —gimió.

Claude la miró, transido su rostro por la ira. Y de una patada, derribó a la muchacha en tierra.

—¡Aguarde, Claude! —gritó Du Naille, para atraer su atención.

—¿Qué quiere?

—Se cree omnipotente, ¿eh? Cree que puede decidir sobre la vida o la muerte de todos nosotros. Pero se equivoca. ¡Usted también morirá!

—¿A qué se refiere?

—¿Ignora que hemos conseguido llegar hasta aquí? Antes de destrozar esas cristaleras, hemos colocado varias cargas en la sala de máquinas y en otros puntos estratégicos de esta base. Dentro de... —Simuló consultar su reloj—. Dentro de cuarenta segundos, las cargas estallarán. ¡Nadie se salvará, todos moriremos! A menos que usted nos deje salir de aquí.

Délonge le miró, desquiciado. Detrás de él, Gény comenzó a incorporarse.

—No creo que eso sea cierto, Du Naille. Me parece una simple baladronada. Pero si fuera verdad, ¡usted morirá el primero! —gritó.

Y alzó la metralleta.

Gény, dolorida, ensangrentada, se había aproximado a su hermano. Jean, perdido el ánimo, apoyaba su espalda sobre un panel.

Pero Géný sabía que Jean guardaba en un bolsillo el revólver de Du Naille. Y, silenciosamente, le abrazó, introdujo su mano en el bolsillo y tomó el arma.

—No será él el primero, Claude. ¡Serás tú! —gritó, enloquecida. Y disparó hasta agotar el tambor del revólver.

Délonge lanzó un alarido y se desplomó, herido de muerte.

La metralleta rebotó sobre el pavimento. Pero un segundo después, estaba entre las manos de Du Naille.

Corrió hacia Géný, la tomó por un brazo y la arrastró consigo.

—¡Aprisa, pequeña! Debe haber centenares de soldados en las instalaciones del cuerpo de guardia. No tardarán en venir. ¡Jean, levanta a Brasseurs, y di a los demás que nos acompañen! ¡Aprisa, aprisa!

Había visto el cuadro eléctrico empotrado en el muro que servía para franquear las puertas de acero, y accionó una palanca.

Antes de que los hombres que les acompañaban salieran, Charles regó con una ráfaga de metralleta las instalaciones del laboratorio.

Algo explotó entre los extraños aparatos, y una densa humareda lo envolvió todo.

En los pasillos resonaban ya gritos y órdenes destempladas.

—¡Vienen hacia acá! —advirtió Du Naille—. Tenemos que ocultarnos, si queremos escapar con vida. ¡Ahí!

Atropelladamente, se introdujeron en una de las dependencias del pasillo. No había luz, pero a través de la rendija de la puerta podían ver el pelotón de soldados que acababa de penetrar en el laboratorio, a través de cuya puerta brotaban espesas masas de humo.

—Tal vez ese humo nos ayude a escapar —susurró al oído de Géný—. Esperad mi señal. Correremos todos, pasillo adelante, en cuanto el último soldado haya penetrado en el laboratorio.

A su lado, se oían, sibilantes, las respiraciones de Jean, Géný, Brasseurs y los otros tres científicos.

—¡Ahora! —gritó Charles. Y corrió cuanto pudo, llevando a Géný de la mano.

Tras la desesperada carrera, Charles se detuvo al final del pasillo: allí estaba la entrada a la sala de máquinas y, tal vez, su salvación.

—Guíales, Jean —ordenó al hermano de Géný—. Vi una escalera

de hierro en la sala de máquinas. Llevadla al respiradero y escapad.

—No iré sin ti, Charles —se negó Gény—. ¿Qué vas a hacer?

—Es cosa mía. Pero no os preocupéis. Probablemente, os daré alcance antes de que estéis fuera.

—¡Charles! —gimió ella, angustiada.

—¡Llévatela, Jean! —gritó el policía. Y les volvió la espalda.

Corrió hasta la puerta del polvorín. Al otro extremo del pasillo se oían los gritos excitados de los soldados. De un momento a otro, aparecerían en el recodo.

Rápidamente, Charles sacó de sus bolsillos un puñado de plastic, lo introdujo en las junturas de la puerta metálica del depósito de municiones, e hincó en la masa los electrodos del detonador.

No disponía de mucho tiempo para ponerse a salvo: sesenta segundos, exactamente.

Corría ya hacia la sala de máquinas, cuando a su espalda resonaron los disparos.

Los proyectiles perforaron la chapa de la puerta. Los gritos de los soldados se oían, muy próximos ya.

Empujó la puerta y cayó dentro, dando una voltereta. Cojeaba cuando se puso en pie. Pero había algo que le importaba mucho más: de ninguna forma lograría alcanzar el exterior, porque los soldados estaban dándole alcance ya.

La idea surgió de repente: tenía que detener el enorme motor-generator.

Y sólo había una forma: destrozar las tuberías de alimentación.

Disparó, apuntando con cuidado, hasta agotar el cargador. Entonces las luces desaparecieron, se oyó un apagado «plof-plof»,

y todo quedó a oscuras.

La carrera de los soldados se detuvo a la puerta de la sala de máquinas. En mitad de las tinieblas, se sentían desconcertados, indefensos.

Entretanto, Charles encendía su linterna, y alcanzaba la escalera metálica que Jean y los otros fugitivos habían situado en el respiradero.

Subió apresuradamente, a oscuras. La escalera no llegaba hasta arriba, pero sus dedos palparon pronto en la oscuridad la resistente cuerda de nylon.

Cuando sus manos, se aferraron al borde del respiradero, un suspiro de alivio brotó entre sus labios.

Miró la esfera luminosa de su reloj: ¡quedaban apenas diez segundos para que el polvorín estallara!

Fueron los diez segundos mejor aprovechados de su vida. Sus piernas se movieron como bielas, y sus pulmones funcionaron a toda presión hasta que tropezó y cayó rodando, pendiente abajo, sobre la ladera arenosa.

La explosión se oyó, fragorosa, a su espalda.

El desierto quedó vivamente iluminado por unos segundos, y luego volvió el silencio y la oscuridad.

Jadeante, Du Naille escaló la duna, y miró hacia el lugar donde debía estar la construcción de hormigón.

La cúpula había saltado en fragmentos, y sobre el lugar se alzaba una nube de polvo que el viento, leve, soplaba ya hacia el sur.

Detrás de él se detuvo el *jeep* de Jean Longchamp.

—¡Vamos, Charles! Ojalá lleguemos al avión, antes de que el coronel El-Ikurriña nos encuentre —exclamó Jean.

Subió de un salto, y se acomodó junto a Gény, en silencio.

Ella estaba sollozando quedamente.

—Lo siento —susurró Du Naille, a su oído—. Nuestro viaje no ha tenido un desenlace muy agradable para ti. Comprendo que te sientas consternada, triste y desesperada. Claude Délonge era un ídolo de barro.

Gene buscó en la oscuridad la mano de Du Naille, y se la oprimió.

—¡Tonto! —dijo en voz baja, apenas audible—. Lloraba por ti. Temí... temí no volver a verte más.

Charles oprimió sus hombros, y experimentó un extraño e indefinible placer.

CAPÍTULO XIII

En París, seguía lloviendo. Torrencialmente.

Lo primero que hizo Du Naille, al aterrizar en Le Bourget, fue estornudar.

¡Adiós clima tropical! Había que volver al clima desapacible y húmedo de París, a los chaparrones intempestivos ya... los catarros invernales.

Charles Du Naille se trasladó inmediatamente al Deuxième Bureau, de donde no volvería a salir hasta las tres de la tarde. Es decir, cinco horas después.

Había motivos suficientes para que su informe fuera extenso y complejo.

Además, Du Naille debía exponer un grave problema al prefecto Saint-Paul, y estudiar una posible solución.

—Un excelente servicio, Charles —aprobó Saint-Paul—. A estas horas, la policía de Marsella estará ya realizando una redada de delincuentes en la empresa de viajes Mouffie. Sin embargo, en cuanto a su propuesta...

—El caso no está terminado, señor. No estará cerrado totalmente hasta que no aplastemos la conexión de la organización en París. Ya le he expuesto el esquema de mi plan. ¿Tengo carta blanca?

Saint-Paul meditó unos instantes. Era evidente que se sentía profundamente preocupado.

—Adelante —asintió, al fin, con tono grave—. Lleve adelante su plan, si está seguro de obtener resultados. No voy a ocultarle que me siento... sorprendido y confundido. Pero debemos cumplir con nuestro servicio.

—Sé lo que siente, señor. Entonces...

—Haga lo que quiera. Yo le respaldaré.

—De acuerdo, señor.

* * *

Charles se reunió, al atardecer, con Géný.

Pasearon un rato por el Bois, protegidos por sus impermeables, y unidos por la intimidad de la protectora circunferencia del paraguas de Charles.

Hablaron de ellos mismos, se confiaron mutuamente sus congojas y anhelos, y terminaron sintiéndose más confortados por la presencia del otro.

—Sé que estás vacía ahora, pequeña. Pusiste tu amor en un loco egoísta, y has sufrido un duro golpe. Pero pronto volverás a tener alegría y fe. Lo olvidarás todo y volverás a vivir.

Ella le miró con ternura.

—Tú me estás ayudando a olvidar, Charles. Te quiero —confesó.

—¿De veras? —exclamó él, cordial.

—Por favor, no tomes esto a broma.

—Pero si no me burlo, criatura. Pero creo que es aún muy pronto para que puedas sentirte segura de tus sentimientos —respondió Charles.

Géný desvió la mirada.

—No sé. Pienso que empecé a quererte desde la noche en que me propusiste el matrimonio —dijo, luego.

—¿Que yo te propuse el matrimonio? —Respingó Du Naille, falsamente alarmado.

—Bueno, me refiero al falso matrimonio amañado por el prefecto Saint-Paul, que nos permitió viajar hasta Hawitt, en luna de miel —aclaró ella.

—Uf, debiste empezar por ahí. Ríe has asustado.

—¡Charles! ¿Tanto temes al matrimonio? —Los lindos ojos de Géný le contemplaban fijamente.

—No te lo puedes imaginar, Géný. Odio sentirme atado a algo o a alguien —confesó él, burlón.

La jovencita se distanció rápidamente de él.

—¡Adiós! —gritó, enfurruñada—. Al fin y al cabo, no he sido yo quien te ha propuesto el matrimonio.

Pero él la apresó, rápido, por los hombros.

—Vamos, no te enfades, pequeña. Sabes que me interesa mucho —y añadió rápidamente—: Te amo. Pero tengo algo importante que hacer... esta noche.

—¿Una cita, otra mujer? —saltó ella, celosa.

—Sí.

—En tal caso, vete. No pierdas el tiempo —gimió ella. Y huyó.

Charles no se preocupó por alcanzarla. Sabía dónde encontrarla fácilmente, al día siguiente.

* * *

Lucien, el mayordomo, le franqueó la entrada, y el «Alpine» llegó hasta el porche.

Giséle Cambert, deliciosa y elegante, como siempre, le aguardaba.

—¡Al fin! —exclamó, ansiosa. Y le abrazó y le besó en los labios—. ¡He estado tan preocupada por ti, Charles! Saint-Paul no quiso decirme dónde te encontrabas.

—Lejos, querida, muy lejos. Pero entremos, hace frío, ¿no?

Ella le ciñó por la cintura. Entraron.

Lucien preparó rápidamente dos *whiskys*, y desapareció.

Enseguida, Giséle se deshizo en caricias.

Pero Du Naille permanecía frío y distante.

—¿Qué te ocurre, Charles? ¿Es que no te gusto ya? —Giséle parecía dolorida.

Du Naille rió cínicamente.

—Me gustas, querida. Mucho. Pero también hemos de hablar de negocios —puntualizó.

—¿Qué clase de negocios? —También Giséle se había retirado un tanto, y sus ojos no brillaban ya, amables. Por el contrario, había una expresión calculadora en su rostro.

—Charlé con Claude Délonge, en Hawitt, querida. El me habló de ti. Dijo que tú eras su brazo derecho, que sin ti no hubiera conseguido nada. Naturalmente, tú percibiste una buena cantidad. Algo así como...

—Dos millones de francos —asintió Giséle con fría sonrisa—. Pero no avadé a Claude sólo por dinero. Ya que pareces saberlo todo, te diré que me convertí en su cómplice por convicción. En

principio, yo odiaba a los africanos. Pero De Gaulle casi nos dejó en la miseria, al ceder Argelia a los argelinos. Y entonces decidí ayudar a los árabes, si con ello perjudicaba a Francia.

—No demuestras muchos escrúpulos, querida —apuntó, irónico, Charles.

—No soy una mujer con escrúpulos. —Giséle humedeció sus labios con el licor—. Organicé el secuestro de Brasseurs y de Handstrong, y obtuve la ayuda inestimable de Mohamed Mouffie y su *gangs*. Me desembaracé del imbécil de Durand, y no dudé en ordenar la muerte de Knut Herden, cuando supe que vosotros pensabais interrogarle.

—¡Ah, ya! Tú visita al despacho de loterías de *Bobo Glisson*...

—Exactamente. Mi amistad con Saint-Paul me permitió espiaros discretamente, estar al tanto de vuestras andanzas, y seguir la marcha de vuestras investigaciones.

—Bien, hablemos de negocios, querida. Délonge ha muerto, y la base del desierto de Arb-El

Deraa ha sido destruida. Mouffie se ha suicidado cuando iba a ser detenido. Sólo quedas tú. Claro que podemos arreglar las cosas.

—¿Cuánto quieres? —Giséle permanecía muy serena y dueña de sí misma.

—Un millón de francos —declaró Du Naille.

—¡*Dommage!*, estás loco, Charles. Te daré diez mil —ofreció ella.

—Un millón o nada. Es decir, te entregaré, si no me das el millón.

Giséle se incorporó y se separó de Du Naille.

—¡Quédate ahí! —ordenó el policía.

—Tranquilízate, *mon amour*. Tú lo has dicho: o un millón o nada. Pues bien, no tendrás nada. No seré yo quien se manche las manos contigo. Iba a darte los diez mil francos por evitarme el trabajo de desembarazarme de un cadáver, pero, de todas formas, Lucien se ocupará de ti. Lucien me ama, ¿comprendes?, y hará cualquier cosa por mí.

Lucien apareció silenciosamente en el gran salón. Temía una escopeta recortada entre las manos, y encañonaba a Du Naille.

—*Oíd, madame*. ¿Disparo? —preguntó.

—¡Mátale! —gritó Gisèle, descompuesto su rostro por el odio.

Restalló una corta ráfaga. Lucien gritó, y se desplomó sobre el piso, con el cráneo destrozado.

Giséle miró, lívida, a Saint-Paul y a los cuatro policías que penetraron simultáneamente por las puertas y las ventanas.

—Espósenla —ordenó Saint-Paul, sin mirar a *madame* Cambert.

Du Naille se puso en pie, miró a Giséle y dijo:

—Buena suerte, querida. Antes de que te marches, quiero decirte que Claude no te desenmascaró.

—En tal caso, ¿cómo llegaste a sospechar de mí? —La curiosidad se imponía sobre todo.

—¿Recuerdas la noche que estuvimos juntos? Al despedirnos, te dije, en broma, si podía registrar tu garaje.

—Pero no lo hiciste. ¡Te marchaste!

—No me fui. No hice más que atravesar la cancela y... escalar el muro. Registré el garaje, y encontré un soberbio «Cadillac» y un rápido «Ferrari». Debías tener un motivo muy grave para urdir tantas mentiras. Y comencé a sospechar.

—¡Cerdo! —bramó Giséle.

—Men-ti-ro-sa —silabeó el policía. Y salió.

* * *

Fueron a ver a Dupont al hospital.

Charles le presentó a Gény, y Marcel se sintió feliz por la visita.

—¿Cómo va eso, *mon vieux*? —preguntó Du Naille, solícito.

—Se acabaron los dolores —confesó, retorciéndose en el interior de su caparazón de escayola—. Ahora empiezan... mmm... los picores.

Charles y Gény rompieron a reír, alegres y dichosos.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Prisión que se encuentra en el área urbana de París. < <

[2] Cualquier cosa es buena para ganarse la vida, ¿no es así? < <